



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA  
DE MEXICO

---

---

FACULTAD DE PSICOLOGIA

LA TRANSFERENCIA Y LA PULSION DE  
MUERTE EN LA OBRA DE FREUD

**T E S I S**

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:

LICENCIADA EN PSICOLOGIA

P R E S E N T A :

SOLVEIG ERENDIRA RODRIGUEZ KURI

ASESOR: DRA. EMILIA LUCIO GOMEZ-MAQUEO

MEXICO, D. F.

1993

TESIS CON  
FALLA LE OR.GEN



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**INDICE**

**Introducción**

**Capítulo I**

**El desarrollo de la noción de transferencia en la obra de Freud.**

**Capítulo II**

**La pulsión de muerte en la obra de Freud**

**Capítulo III**

**Discusión y conclusiones**

**Bibliografía**

## INTRODUCCION

La transferencia es uno de los elementos fundamentales del psicoanálisis, de hecho, se ha afirmado que ésta constituye el motor del tratamiento (1).

El objetivo de este trabajo ha sido el de seguir el desarrollo de este concepto a través de la obra de Freud: sus distintos momentos teóricos, su influencia sobre el resto de la teoría; y constatar de qué manera el desarrollo de otros elementos teóricos, particularmente el concepto de pulsión de muerte, influyeron en este desarrollo.

La importancia de lo anterior, tiene repercusiones no sólo en el aspecto teórico sino, fundamentalmente, en el proceso de la cura.

La transferencia no es un concepto acabado en la obra de Freud y, como tal, presenta distintos momentos de desarrollo, de los cuales se derivan diversas interpretaciones y formas de abordarla en la cura. Estas distintas interpretaciones, representan tentativas de solución para esos problemas que Freud dejó sin dilucidar.

---

(1) Freud, S: Análisis Fragmentario de una histeria,  
Biblioteca Nueva, Tomo I, 3ª edición, Madrid, 1973.

Como señala Laplanche (2), la discusión en torno a los problemas que plantea este concepto, se resumen en los siguientes puntos:

- a) La especificidad de la transferencia en la cura
- b) La relación entre transferencia y realidad
- c) La función de la transferencia en la cura
- d) La naturaleza de lo que se transfiere.

Este trabajo sigue la evolución del concepto a lo largo de la obra de Freud, distinguiendo posteriormente sus distintos momentos de desarrollo y ubicando en estos, los problemas señalados con anterioridad.

El momento fundamental en este desarrollo, es el que corresponde a la introducción de la segunda teoría pulsional (pulsiones de vida-pulsiones de muerte) y, la discusión, gira en torno a las implicaciones que dicho concepto acarrea a la teoría de la transferencia.

Con la intención de estudiar el desarrollo de este concepto dentro de los límites teóricos proporcionados por el creador del psicoanálisis, este trabajo se centra fundamentalmente en la obra de Freud. En todo caso debe tenerse en cuenta que el tema central de este trabajo de suyo es sumamente amplio, e intentar el análisis del

---

(2) Laplanche J; Pontalis, J; Diccionario de Psicoanálisis, Labor, Madrid, 1981.

concepto de transferencia en las distintas corrientes psicoanalíticas, habría rebasado los alcances de este estudio y bien podría ser tema de otro trabajo. No por ello dejamos de presentar en las conclusiones, algunas tesis de autores que trabajaron este concepto después de Freud y que nos ilustran sobre las tendencias que siguió el desarrollo de este concepto después de su muerte.

El origen del problema, se ubica desde sus inicios en la obra de Freud; ya que, desde sus primeros trabajos, incluso en aquellos anteriores al psicoanálisis (v.g. los trabajos sobre hipnotismo y sugestión), se destaca la importancia que atribuía a la relación entre médico y paciente; así como la capacidad del primero para influir sobre el segundo -desde la mera sugestión, hasta el tipo de fenómeno que se producía en el hipnotismo.

Al iniciar el método psicoanalítico propiamente dicho -asociación libre- Freud empieza a percibir la enorme importancia que toma la figura del médico, o la representación de éste, en la economía psíquica del paciente y su influencia sobre el tratamiento. Conforme avanza en sus investigaciones, la transferencia, que originalmente aparecía en cierto modo relegada, comienza a tomar fuerza, hasta que, con el caso Dora (3), se convierte en pilar fundamental de todo el tratamiento psicoanalítico.

(3) Cfr. Freud, S.; Análisis fragmentario...

Los trabajos posteriores de Freud referentes a la técnica, le dan un lugar preponderante en toda intención de cura que pueda o pretenda llamarse psicoanálisis. Las elaboraciones en torno al concepto de narcisismo, permiten ubicar, de un modo muy claro, el papel que la transferencia ocupa al interior de la doctrina analítica. Sin embargo, el cambio en la teoría producido por la introducción de la "segunda teoría pulsional" (pulsiones de vida-pulsiones de muerte), permite una aproximación distinta a este concepto, al suponer la existencia de un "Más allá del principio del placer", al cual en origen se atribuía el proceso transferencial.

**CAPITULO I****EL DESARROLLO DE LA NOCION DE TRANSFERENCIA EN LA OBRA  
DE FREUD**



Desde el mesmerismo hasta el psicoanálisis -y aun antes- en todos los procedimientos que pretendieron aproximarse al conjunto de lo que en algún tiempo se llamó «enfermedades nerviosas», se percibía la presencia de cierto elemento difícil de definir, que se presentaba en la relación terapéutica. No es sino hasta la aparición del psicoanálisis y su desarrollo por Freud, que este elemento puede definirse y conceptualizarse en lo que a partir de ahora se llamará transferencia.

Freud mencionaba hasta que grado su aparición resultaba extraña y su influencia insospechada (4). Si seguimos la evolución de la transferencia en el pensamiento de Freud, desde los antecedentes inmediatos al psicoanálisis, hasta el psicoanálisis propiamente dicho -asociación libre- encontramos, como señala Laplanche, una distancia cronológica entre la experiencia efectiva de ésta y su conceptualización.

En los tiempos del método catártico, concretamente en el caso de Ana O., tratado por Breuer, la transferencia mostró la magnitud de sus efectos, de un modo que terminó por asustar al mismo Breuer, quien lleno de confusión, terminó por cortar todo trato con la paciente (5).

---

(4) *Ibid.*

(5) Freud, S; Breuer, J; Estudios sobre la histeria, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

El método catártico empleado por Breuer, buscaba que el paciente, en trance hipnótico, pudiera llegar al momento traumático que daba origen al síntoma y de este modo el síntoma desapareciera.

En la aplicación de esta técnica, comienza a trabajar con Freud, quien ve en ésta, una gran oportunidad de aproximarse a la comprensión de las neurosis.

Breuer venía tratando, por medio de este método a una paciente conocida como Ana O., quien presentaba un llamativo cuadro de síntomas (parálisis, contracciones, inhibiciones, etc.). Breuer descubre que todos estos síntomas estaban relacionados con intensas impresiones que recibió durante la época en que cuidó a su padre enfermo. Cuando durante la hipnosis, la paciente recordaba tales situaciones, daba salida al afecto correspondiente a ellas desapareciendo de este modo el síntoma (6).

Freud pudo advertir posteriormente que el progreso notorio del tratamiento era más el resultado de la particular relación que se estableció entre Breuer y su paciente, que del método catártico, como lo demuestra la súbita reaparición de los síntomas en Ana O. cuando Breuer -presionado por su esposa- decide dar por finalizado el tratamiento.

---

(6) Ibid.

Freud por su parte, decide modificar la técnica catártica argumentando, entre otras razones, que «la relación personal afectiva -factor imposible de dominar- era más poderosa que la labor catártica». Al respecto relata:

"Una de mis pacientes más dóciles, con la cual había obtenido por medio del hipnotismo los más favorables resultados, me sorprendió, un día que había logrado libertarla de un doloroso acceso refiriéndolo a su causa inicial, echándome los brazos al cuello al despertar del sueño hipnótico... desde tal día renunciamos, por un acuerdo tácito, a la continuación del tratamiento hipnótico." (7)

Así, Freud abandona el hipnotismo que, por lo demás mostraba grandes insuficiencias, incluso en su aplicación a la catarsis, pero este incidente, así como la experiencia de Breuer, lo llevaron a plantear la existencia de un elemento místico que se ocultaba detrás del hipnotismo. Para suprimirlo o por lo menos aislarlo, había que cambiar de técnica.

---

(7) Freud, S; Autobiografía. Biblioteca Nueva, 3a Edición, Madrid, p. 2773.

Empezaba ya a vislumbrarse la presencia de este elemento que, con el tiempo, llegaría a constituir para Freud, el motor del tratamiento.

Es en los "Estudios sobre la histeria", donde emplea por primera vez el término transferencia, para explicar los casos en que una determinada paciente, transfería sobre la persona del médico las representaciones inconcientes.

"Había surgido en la conciencia de la enferma el contenido del deseo, sin el recuerdo de los detalles accesorios que podían situarlo en el pasado, y el deseo así surgido, fue enlazado por la asociación forzosa, dominante en la conciencia, con mi persona, de la cual se ocupaba el pensamiento de la enferma. Esta falsa conexión despertó el mismo afecto que en su día hizo rechazar a la enferma el deseo ilícito. Una vez conocido este proceso, puede ya el médico atribuir toda referencia a su persona a tal transferencia por falsa conexión." (8)

---

(8) Cfr. Freud, S; Breuer, J; Estudios sobre... p. 167.

Estamos en la época de los "Estudios sobre la histeria" (1895) y tenemos que la transferencia al médico, es para Freud el producto de una «falsa conexión».

Freud observaba que sus pacientes tenían la necesidad de enlazar aquellos fenómenos psíquicos de los que eran concientes mediante un nexo causal, con otros elementos concientes. Y cuando la verdadera causa, no era conciente, intentaban establecer una distinta conexión en la que creían fielmente.

Atribuía estas falsas conexiones a dos condiciones: la desconfianza hacia el médico y la disociación de la conciencia. Con respecto a esta última, Freud explicaba que tal disociación difícilmente era completa, lo que permitía que llegaran a la conciencia pequeños fragmentos de representaciones, precisamente los causantes de tales perturbaciones. Por lo general es la sensación unida al complejo de representaciones lo que se hace sentir conciente y el sujeto, por una especie de «coerción asociativa», se ve obligado a enlazarla con un elemento dado en su conciencia.

Así mismo había podido comprobar que el estado de ánimo que acompañaba a un suceso particular y el contenido de éste podían entrar en una distinta relación con la conciencia.

Esta idea aparecía ya en Freud desde que explicaba el carácter absurdo de las obsesiones, en su trabajo sobre "Las neuropsicosis de defensa" de 1894. Distinguía dos elementos de las obsesiones: idea y afecto. La idea puede tomar distintas representaciones pero el afecto permanece igual, pudiendo desplazarse de una representación a otra. A través de este mecanismo -básico y fundamental para Freud- explicará posteriormente una serie de fenómenos como la transferencia, o los fenómenos del sueño (desplazamiento y condensación).

Encontramos pues, que hasta aquí, la transferencia, sólo es un caso más de desplazamiento del afecto de una representación a otra. Si la representación del médico es elegida con preferencia, esto se debe a que es la representación más fresca que tiene el sujeto a la mano, además de que favorece la resistencia, en la medida en que el deseo inconciente es más difícil de comunicar justo a la persona a quien va dirigido.

Aunque Freud observaba que esto se presentaba en forma constante y regular, perturbando la relación entre el médico y el paciente, lo contemplaba como un fenómeno muy localizado. Cada transferencia debía ser tratada como cualquier otro sintoma, esto es, develarla al paciente para que de este modo pudiera restablecerse una relación de cooperación confiada.

Es importante destacar que, para Freud, esa relación basada en la confianza y la cooperación, dependía exclusivamente del influjo personal del médico, sin encontrarle relación alguna con la transferencia.

Hacia el año 1900 sale a la luz "La interpretación de los sueños"(9). Aunque tuvo poca relevancia en la época de su primera publicación, esta obra es, sin duda, esencial en la historia del psicoanálisis. En ella introduce Freud su primera teoría del aparato psíquico, que aunque ya se dejaba ver en los "Estudios sobre la histeria"(10), no aparece en forma esquematizada, sino hasta este momento, donde Freud introduce su teoría de los sistemas.

Freud se representa un aparato psíquico, con la intención de auxiliarse en la comprensión del funcionamiento de éste. Presenta un esquema lineal, dividiéndolo de acuerdo con sus funciones. Así, el aparato aparece conformado por tres sistemas, entre estos existe un ordenamiento temporal que es necesario manejar de este modo, a fin de poder explicar los procesos psíquicos cuya excitación, recorre los sistemas en tal orden de sucesión temporal determinada. Encontramos tres sistemas: sistema Inc., sistema Prec. y sistema Cc., aunque operativamente maneja dos sistemas, el

---

(9) Freud, S. La interpretación de los sueños. Biblioteca Nueva, Tomo I, 3ª edición, Madrid, 1973.

(10) Op.cit.

sistema Inc. y el sistema Prec.- Cc. Entre estos sistemas Freud ubica dos tipos de censura; por un lado la represión que se establece como separación entre los sistemas Inc. y Prec., y una segunda censura de carácter menos drástico que se encuentra entre los sistemas Prec. y Cc. y que puede dirigirse mediante la atención.

A partir de este esquema Freud va a explicar todos los fenómenos psíquicos como algo que ocurre al interior de este sistema y regido por los principios energéticos que gobiernan el funcionamiento del mismo.

Obviamente, la transferencia, como fenómeno psíquico, entró dentro de esta definición.

Lo importante en este momento es que Freud comienza a concentrarse en lo que considera que es la realidad psíquica del individuo y abandona la tendencia a buscar un referente en los hechos reales.

Por otro lado, es en esta misma obra donde establecerá dos de los principales mecanismos que intervienen en la formación de los síntomas; en este caso, refiriéndose particularmente al sueño, el cual constituye a juicio de Freud, la «vía regia» al inconciente. Estos mecanismos son el desplazamiento y la condensación.



Con el término desplazamiento Freud hace referencia al mecanismo mediante el cual el afecto correspondiente a una representación puede separarse de ella y pasar a otra representación con la que se encuentra unida por una cadena asociativa.

Por otro lado, la condensación es aquel mecanismo en el que una determinada representación sirve para recoger los afectos correspondientes a una serie de representaciones inconscientes, que encuentran relación con ésta, mediante una serie de cadenas asociativas.

El desplazamiento y la condensación se hacen evidentes especialmente en el análisis de los sueños, pero se encuentran, en realidad, en la formación de todo síntoma y, en general, en toda «formación del inconsciente».

En este trabajo, Freud casi siempre utiliza el término transferencia cuando hace referencia al mecanismo mediante el cual el deseo inconsciente, incapaz de llegar a lo preconscious "...se expresa y se disfraza entrando en conexión con una representación anodina que pertenezca ya al preconscious, transfiriendo su intensidad sobre ella y ocultándose en ella." (11).

---

(11) Cfr. p. 687.

Se puede apreciar que en esta época la transferencia sigue siendo utilizada para nombrar un caso particular de desplazamiento del afecto entre representaciones, pero no la relaciona aún con la totalidad de la relación terapéutica.

En el año 1900, Freud comienza el tratamiento de una paciente a quien posteriormente llamaría Dora. (12)

Al transcurrir el tratamiento, Freud percibe que la transferencia ocupa un lugar especialmente importante en este caso. Tan importante que atribuye la interrupción del tratamiento a un error en la interpretación de la transferencia, (pero esto no será sino hasta tiempo después).

Anteriormente se mencionó que al seguir el desarrollo de la transferencia en la obra de Freud, es fácil apreciar una distancia entre la experiencia de la transferencia y su conceptualización. Esto es especialmente claro con caso Dora, ya que Freud realiza este tratamiento en 1900, escribe la principal parte del trabajo para su publicación en 1901 y termina publicándola hasta 1905, añadiendo algunos comentarios a pie de página, para no alterar la esencia del trabajo original. Posteriormente, hace una revisión para su publicación en 1923. Los comentarios que añadirá para esta edición, 23 años después del tratamiento, estarán enriquecidos por todo el desarrollo teórico llevado a cabo

---

(12) Freud, S; Análisis fragmentario...

por Freud durante esos años, no sólo en relación con la transferencia sino con el resto de la teoría psicoanalítica.

Aun así, se ha tratado de seguir el desarrollo de la transferencia y su conceptualización en forma estrictamente cronológica tratando de no perder de vista la concepción que sobre la transferencia va teniendo Freud en los distintos momentos de este desarrollo.

Cuando Dora empezó a tratarse con Freud, mostraba una constante depresión de ánimo, además de una serie de síntomas como disnea, tos nerviosa, jaqueca, etc.

La familia de Dora guardaba una estrecha relación con el joven matrimonio K.. La señora K. había cuidado del padre de Dora durante una enfermedad que este había padecido y, por su parte, el Sr. K. mantenía una fuerte amistad con Dora, acompañándola durante sus paseos y haciéndole pequeños regalos, sin que "nadie hubiera hallado nunca el menor mal propósito en su conducta".

Así mismo, Dora sentía una gran admiración por la Sra. K., con quien mantenía largas conversaciones y gustaba de acompañarla cuando el Sr. K. tenía que salir de viaje.

Súbitamente, Dora exige a su padre que rompa todo relación con el susodicho matrimonio y acusa al Sr. K., de

haberle hecho proposiciones indecorosas. Esta, niega categóricamente el hecho y a su vez acusa a Dora, diciendo que su mujer le había comentado sobre el interés que la muchacha mostraba hacia todo lo relacionado con temas sexuales, al grado de que durante los días que pasó en su casa, sus lecturas eran obras como "Fisiología del amor" y cosas por el estilo. El padre de ésta se rehusa a romper la relación con sus amigos argumentando que la tal declaración amorosa, no era más que producto de su fantasía.

Al iniciar su tratamiento con Freud, Dora se quejaba amargamente de la relación ilícita que su padre sostenía con la Sra. K., y sentía que estaba siendo utilizada por su padre como objeto de intercambio para compensar al Sr. K.

Al explorar el caso, Freud advierte que Dora había venido jugando este papel durante largo tiempo, sin haber encontrado antes, en ello, motivo de malestar alguno. Pero algo debía haber sucedido, para que se rompiera esa dinámica en la cual había encajado tan bien hasta ese momento.

A juicio de Freud, Dora veía en el Sr. K. a un sustituto de su padre a quien amaba. Sin embargo, el requerimiento amoroso del Sr. K., hecho en los mismos términos con los que días antes se había dirigido a una institutriz que trabajaba para él, despertó en Dora un sentimiento de ofensa por el hecho de haber sido tratada del

mismo modo que una empleada, lo cual la llevó, finalmente, a rechazar a éste, propinándole senda bofetada.

Sin embargo, en opinión de Freud, este rechazo no era tal, sino más bien un reclamo a K. para que le diera su lugar. No obstante, ante la falta de persistencia por parte de éste, Dora en venganza, le acusa ante su padre. El Sr. K. la desmiente y para sorpresa de Dora, el padre apoya a K. Dora desilusionada, exige entonces al padre romper su relación con la Sra. K.

Según Freud, ante esta situación, Dora vuelve a ubicar en su padre al objeto de su amor, lo cual constituye una regresión en comparación con las relaciones esbozadas con K:

"...hemos de concluir por tanto, que obraba como si ella misma supiera o estuviera dispuesta a reconocer que se hallaba enamorada de su padre." (13)

Las interpretaciones de Freud se orientan en el sentido de que Dora asuma su amor por el Sr. K., lo que, además, supondría una relación más madura que el vínculo amoroso con su padre. Sin embargo, esto no parece tener el menor efecto en Dora quien además, súbitamente, comunica a Freud su intención de abandonar el tratamiento.

---

(13) Ibid. p. 963

Frente a esta interrupción, inesperada del todo, una primera hipótesis de Freud, señala que el abandono de Dora responde a que, si bien, Freud había venido sustituyendo en la fantasía de Dora, al padre de ésta, ahora había pasado a sustituir al Sr. K.

"... y a causa de un "algo" en que yo le recordaba a K., Dora hizo recaer sobre mí la venganza que quería ejercitar contra K. y me abandonó como creía haber sido engañada y abandonada por él... y en efecto ¿qué venganza mejor para el enfermo que mostrar en su propia persona cuan impotente e incapaz es el médico?"

(14)

Sin embargo tiempo después, en una segunda hipótesis, Freud advierte que lo que movía a Dora, no era el amor por el Sr. K. -como antes pensaba-, sino más bien un vínculo homosexual con la Sra. K.

Desde esta perspectiva, parece más bien que Dora se identificaba con el Sr. K. en su amor hacia la mujer de éste, pero, la confesión de K. (mi mujer no significa nada para mí), viene a desmoronar aquello en lo que se sustentaba

esa identificación, provocando el rechazo de Dora. Dada la transferencia establecida en la que el Sr. K. es sustituido por Freud (y a la cual Freud se presta gustoso), éste último es abandonado por Dora, del mismo modo que lo fue el Sr. K. El hecho de que Freud estuviese tan dispuesto a ubicarse en el lugar de K., no le permite ver la importancia del nexo homosexual de Dora.

Cuando tiempo más tarde, Freud reconoce el vínculo homosexual de Dora, se percata de que su error consistió en una incorrecta interpretación de la transferencia.

Sobre el vínculo homosexual de Dora y su rechazo al señor K., Emilce Dio Bleichmar, en su obra "El feminismo espontáneo de la histeria" (15) sugiere, que lo que tiene lugar es la "conversión" de un sentimiento de "humillación narcisista":

"El narcisismo herido no deja que el deseo sexual se organice, porque a pesar de que Dora entrevé que el valor máximo de la feminidad merodea el sexo, la sexualidad que le toca vivir no se halla investida de un valor narcisista y, por el contrario, se opone al narcisismo de

---

(15) Bleichmar, E; El feminismo espontáneo de la histeria. Fontamara, México. 1985.

su género, que Dora trabajosamente  
intenta situar" (16)

Bleichmar se explica este sentimiento de humillación narcisista en la medida en que Dora no tiene una imagen idealizada de la mujer en tanto que su madre no es un modelo atractivo para identificarse. La Sra. K personifica en cambio, otro ideal, deseada por su padre y poseedora de un "saber sexual" que podía compartir con Dora, introduciéndola en el mundo de los adultos, de la mujer en tanto tal. En la medida en que la Sra. K. pierde todo valor para su marido, Dora se enfrenta con la dolorosa descalificación de su género. Si la única mujer del universo simbólico de Dora se desmoronaba, "¿quién podría sostener entonces la valorización de la feminidad?"

En resumen, si hay algo homosexual en la histérica, según Bleichmar, es su deseo de homologación y de conocimiento sobre su género, en una búsqueda por la reivindicación narcisista de un género poco valorizado en la historia de la cultura.

Regresando a Freud, este caso nos permite apreciar que si bien, ahora la transferencia a los ojos de éste, juega un papel preponderante, sigue siendo concebida como un fenómeno más o menos localizado y no como algo presente en la

---

(16) Ibid. p. 202



totalidad de la relación terapéutica, de hecho se refiere a ella en plural: «transferencias». De cualquier modo la experiencia de la transferencia en este caso, lleva a Freud a involucrarse más en el estudio teórico de este fenómeno y, a partir de este momento definirá a la transferencia como:

"...(las transferencias son) reediciones o productos ulteriores de los impulsos y fantasías que han de ser despertados y hechos concientes durante el desarrollo del análisis y que entrañan como singularidad característica de su especie, la sustitución de una persona anterior por la persona del médico."

(17)

Nótese que en este momento «las transferencias» no son para Freud, sino la revivencia de situaciones más o menos específicas en las que es sustituida una persona por la persona del médico. Y, si bien, estas reediciones pueden incluso ser más elaboradas mostrando alguna modificación en su contenido, se trata, en esencia, de reproducciones de vivencias específicas.

Para Freud está claro que la aparición de estas transferencias resulta ineludible y, al respecto, se muestra

---

(17) Cfr. Freud, S; Análisis fragmentario... p. 998

incluso tajante: éstas deben ser interpretadas y destruidas. Sin embargo, comienza a vislumbrar a este fenómeno como un instrumento que puede convertirse en el mayor aliado del tratamiento, una vez que es interpretada y traducida al paciente, lo que señala una diferencia fundamental con la concepción que Freud tenía de la transferencia antes del caso Dora. Ahora la transferencia se convierte para Freud, en un recurso con el que puede auxiliarse para alcanzar una mayor comprensión de la estructura psíquica del paciente. De cualquier modo no deja de hacer énfasis en la importancia de su interpretación ya que un manejo inadecuado puede llevarla a constituirse en un gran obstáculo.

Freud considera en esta época, que la transferencia puede ser destruida por medio de la interpretación. Esto es, la transferencia no es algo que se mantenga presente siempre, sino algo más localizado que aparece en forma constante y regular. Por otro lado no se trata de un síntoma más, pues a partir de este momento ocupará un lugar primordial en la estructuración de las formaciones del inconciente. De ahí que el caso Dora se considere un momento importante no sólo en el desarrollo del concepto de transferencia, sino también en el desarrollo de la técnica psicoanalítica misma.

Freud menciona que una gran cualidad de este caso es su transparencia y que ésta está sustentada por la

transferencia que se estableció en él. Sin embargo y al mismo tiempo se percató de que el manejo inadecuado de la ésta, puede llevar al análisis a su fracaso, como sucedió con Dora.

Una nueva aportación de esta época a la teoría de la transferencia, es que Freud se percató de que este fenómeno adquiere un carácter especial en el tratamiento psicoanalítico, distinto a lo que ocurre en otro tipo de tratamientos médicos. El paciente en forma espontánea, sólo produce transferencias afectuosas y amigables y cuando esto no es posible, el paciente se aleja sin que el médico haya podido ejercer sobre él ninguna influencia. En cambio en el psicoanálisis, es posible que se despierten todos los impulsos, incluidos los hostiles, los cuales también son de utilidad para el trabajo analítico.

Se esboza ya la idea de que la transferencia puede manifestarse en forma de sentimientos afectuosos y hostiles, que posteriormente Freud denominará transferencia positiva y transferencia negativa, pero esto no será sino hasta que se introduzca en el estudio del Edipo, varios años después.

En el siguiente momento de elaboración del concepto de transferencia, convergen diversos desarrollos teóricos que la sitúan en un marco mucho más amplio, enriqueciendo su conceptualización y su papel en la clínica.

El desarrollo del concepto de complejo de Edipo que Freud había venido trabajando a partir de sus "Tres ensayos sobre una teoría sexual" (18), ejercería una fuerte influencia en la forma en que entendería la transferencia a partir de este momento.

En primer lugar se da cuenta de que lo que se revive en la transferencia, es la relación del sujeto con las figuras parentales, tal como podemos apreciarlo en un artículo que dedica íntegramente a este concepto -"La dinámica de la transferencia"- (19) y en donde señala que la modalidad erótica de cada individuo estará determinada, tanto por la disposición congénita como por las experiencias de los años infantiles. Estas experiencias marcarán los fines y las condiciones de la satisfacción erótica y es, a partir de éstas, que el sujeto establecerá "patrones" o series de patrones, que se repetirán luego a lo largo de toda la vida, en la medida en que las condiciones exteriores así lo permitan.

Las representaciones libidinosas que el individuo orientará hacia los objetos y que están conformadas por elementos concientes e inconcientes, se atenderán tales patrones.

- 
- (18) Freud, S: Tres ensayos sobre una teoría sexual. Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo I, Madrid, 1973.  
(19) Freud, S: La dinámica de la transferencia. Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

"De ahí que sea perfectamente normal y comprensible, que la carga de libido que el individuo parcialmente insatisfecho, mantiene esperanzadamente pronta, se oriente también hacia la persona del medico...haciéndolo encajar en una de estas «series psíquicas»" (20)

Freud observa que en la transferencia, se reproduce el carácter ambivalente (amor-odio), propio de la relación con las figuras parentales y, de este modo, se explica que este fenómeno se manifieste en forma de sentimientos afectuosos u hostiles y designará a estas formas de transferencia como transferencia positiva y transferencia negativa.

También se preguntaba por qué la transferencia actuaba como una de las formas más eficaces de la resistencia. Anteriormente, se explicaba este hecho, a partir de la idea de que la manifestación de los deseos reprimidos se hace más difícil ante la persona a la que justamente van dirigidos. Sin embargo se dará cuenta en esta época, al hacer la distinción entre los componentes conscientes e inconscientes de las cargas libidinales, de que son aquellos elementos, tanto positivos como negativos, pero inconscientes, los que sostienen la resistencia, en tanto se trata de impulsos eróticos reprimidos. La labor del analista será entonces,

---

(20) Ibid. p. 1649.

remover la transferencia, llevando a la conciencia estos impulsos reprimidos:

"Cuando removemos la transferencia, orientando la conciencia sobre ella, nos desligamos de la persona del médico más que estos dos componentes del sentimiento. El otro componente, capaz de conciencia y aceptable, subsiste y constituye también, en el psicoanálisis, como en los demás métodos terapéuticos, uno de los substratos del éxito." (21)

Otro aspecto importante que queda claro en este contexto, es el hecho de que la transferencia, más que ser un fenómeno propio de la situación analítica, lo es de la neurosis. De lo cual se desprende, que entre mayor sea la insatisfacción erótica del individuo, mayor será su disposición de transferir sobre el médico.

Para este momento la transferencia ha cobrado verdadera importancia para Freud, quien ahora considerará que las posibilidades de influjo y curación, dependerán en buena medida de las posibilidades y la modalidad con que ésta se establezca.

---

(21) Ibid. p. 1852.

Freud advierte que cuanto más se prolonga una cura analítica y el sujeto se percata de que la deformación del material patógeno, no es suficiente para los fines de la resistencia, la aparición de la transferencia será más evidente:

"...se servirá de una clase de deformación que le ofrece, sin disputa, máximas ventajas: de la deformación por medio de la transferencia, llegándose así a una situación en la que todos los conflictos han de ser combatidos ya sobre el terreno de la transferencia."(22)

Como se desprende de lo anterior, el autor comienza a asumir que el fenómeno transferencial, no es, finalmente, un hecho aislado dentro de la situación analítica, sino que conforme avanza el tratamiento, se va mostrando como el soporte de la totalidad del mismo. Posteriormente designará a la totalidad de la situación analítica como «neurosis de transferencia».

A partir del trabajo que desarrolla durante el periodo comprendido entre los años 1912 a 1917, el concepto de transferencia recibirá un fuerte apoyo teórico. Se trata de

---

(22) Ibid. p. 1653.

uno de los periodos más fecundos en el pensamiento freudiano.

En 1915, en su trabajo "Lo inconciente" (23), Freud da un gran paso en el esclarecimiento de los procesos psíquicos al introducir el modelo llamado «metapsicológico», que le permitirá explicar y abordar todo fenómeno psíquico a partir de tres niveles: el tópic, el dinámico y el económico.

La perspectiva dinámica (la más antigua) permite entender todo acto psíquico como resultado de un juego que se da entre los sistemas Inc. (inconciente), Prc. (preconciente) y Cc. (conciente). Desde un punto de vista tópic es posible ubicar "en qué sistema o entre qué sistemas se desarrolla un acto psíquico cualquiera"(24). Finalmente, el aspecto económico "aspira a perseguir los destinos de las magnitudes de excitación y a establecer una estimación, por lo menos relativa, de las mismas"(25).

La introducción de estos conceptos metapsicológicos - como su nombre lo indica-, viene a separar definitivamente al psicoanálisis de la psicología.

Dentro de este planteamiento metapsicológico Freud intentará ubicar gran parte de los desarrollos teóricos

(23) Freud, S; Lo inconciente. Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

(24) Ibid. p. 2066.

(25) Ibid. p. 2070.



anteriores. En esta época, encontramos una de las elaboraciones más interesantes y al mismo tiempo más oscuras -dado su carácter transitorio- de la noción de «conflicto psíquico».

Empecemos por señalar que la concepción de Freud con respecto al conflicto psíquico, siempre fue la de un dualismo pulsional. El conflicto generalmente era explicado como el resultado de la oposición entre dos fuerzas antagónicas. Originalmente, la oposición se ubicaba entre una representación inconsciente, que pugnaba por acceder a la conciencia y una fuerza (represión), que se oponía a este acceso. Posteriormente Freud ampliaría este concepto, ubicando la oposición entre las pulsiones del Yo y las pulsiones sexuales. Esto es, entre la tendencia a la autoconservación y la conservación de la especie (26).

Para Freud, estas pulsiones están en principio indiferenciadas, pero algunas pulsiones, aquellas destinadas a la autoconservación y necesarias para la supervivencia, se someterán más fácilmente a un principio de realidad, en tanto que otras, las sexuales, se regirán fundamentalmente por el principio del placer. Esta situación provoca un desfase en el desarrollo pulsional, que necesariamente conducirá a un conflicto.

---

(26) Freud, S; Los dos principios del funcionamiento mental. Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

Basándose en este modelo e incorporando algunos aspectos trabajados en 1912 ("Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci"(27)), Freud condensa todas estas ideas en una obra capital llamada "Introducción al Narcisismo" de 1914. (28)

En esta época, Freud plantea que el individuo, en origen, logra la satisfacción de sus pulsiones sin recurrir a los objetos del mundo, ya que se encuentra en un momento en el que todo es parte de una unidad y no hay todavía un mundo externo para él. A esta fase la denomina Autoerotismo.

Según Freud, es necesario que tenga lugar un nuevo acto psíquico, que lleve a la constitución del Yo, ya que para él no existe, en origen, una unidad comparable al Yo.

La constitución del Yo representa el ingreso a la llamada fase del Narcisismo primario, en la cual, el Yo se ofrece como objeto a las pulsiones. Paulatinamente la influencia de la realidad irá orientando la libido hacia los objetos del mundo, iniciando de este modo la llamada fase objetal.

Freud observaba que en algunos estados especiales (el dormir, la hipocondria, las parafrenias), la libido era

(27) Freud, S; Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci. Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

(28) Freud, S; Introducción al narcisismo. Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

retirada de los objetos y retraída sobre el Yo, constituyendo un fenómeno al que llamaría Narcisismo secundario.

Como producto de estas observaciones, comienza a ubicar el conflicto, como algo que tiene lugar entre la libido objetal y la libido del Yo. Esta diferenciación entre el Yo y el objeto, permitirá a Freud explicar, desde una perspectiva psicoanalítica, el fenómeno del enamoramiento, basándose en su desarrollo sobre la elección de los objetos eróticos.

Para Freud, esta elección puede ser de dos tipos: narcisista y por apuntalamiento.

Como se mencionó anteriormente, en origen, la satisfacción sexual no se halla diferenciada de la satisfacción de las necesidades vitales, por lo cual, las pulsiones sexuales se apoyarán en principio en las pulsiones de autoconservación para obtener satisfacción. Posteriormente las pulsiones sexuales continuarán su desarrollo independiente, pero esto determinará que en el futuro, la elección del objeto erótico, se realice de acuerdo al modelo de quien, en el pasado, estuvo a cargo del cuidado y la alimentación del individuo. Esta elección de objeto, se dará generalmente conforme al modelo de la madre o de sus subrogados. Freud llama a este tipo de elección "de apuntalamiento", precisamente porque dicha elección de

objeto, se basa un modelo de aquella época en la que las pulsiones sexuales se apoyaban en las de autoconservación.

La otra forma de elección de objeto, la narcisista, es aquella en la que la elección del objeto erótico, no se da conforme al modelo de la madre, sino al de sí mismo «buscándose a sí mismo como objeto erótico». Esta forma de elección es la que Freud ve en los perversos y en los homosexuales.

La elección por apuntalamiento (dada la cantidad de libido orientada hacia el objeto) se caracteriza por una hiperestimación del objeto y un correspondiente empobrecimiento del Yo. Freud menciona que su origen se ubica probablemente en el narcisismo primitivo del niño y corresponde a una transferencia de éste sobre el objeto sexual. En la elección de tipo narcisista, se busca en el objeto lo que uno es ( a sí mismo), lo que uno fue, lo que uno quisiera ser, o a la persona que fue parte de uno mismo.

Estas cuatro formas de la elección narcisista se encuentran determinadas por un modelo al cual Freud llamará Ideal del Yo. Este viene a ser una especie de modelo en el cual se reúnen todas las perfecciones de las que carece el Yo y a las cuales aspira. De este modo, en la elección del objeto amoroso, puede buscarse aquel que posee la perfección que le falta al Yo para llegar al ideal.

El conjunto de estas elaboraciones permitirá también a Freud, entre otras cosas, hacer una distinción radical entre las psicosis y las neurosis.

Por ejemplo, en el caso del psicótico, la libido ha sido retirada de los objetos y retraída sobre el Yo, constituyendo un Narcisismo secundario. En el neurótico, la libido también es retirada de los "objetos del mundo real" pero no se retrae sobre el Yo, sino que se conserva invistiendo a los "objetos de la fantasía".

Como consecuencia, el Yo se halla empobrecido a causa de las excesivas cargas de objeto e incapacitado para alcanzar su ideal. De ahí que el individuo se sienta inclinado a retornar al narcisismo,

"...eligiendo, conforme al tipo narcisista, un ideal sexual que posea las perfecciones que él no puede alcanzar." (29)

De todo lo anterior, se desprenden consecuencias importantes en relación con el concepto de transferencia, tanto desde un punto de vista teórico como clínico.

Por principio, la distinción entre las psicosis y las neurosis, en lo que se refiere a la relación Yo - Objeto, permite percibir a Freud la extrema dificultad que supone para el psicótico someterse al tratamiento psicoanalítico, debido a que su dificultad para investir objetos del mundo exterior, impide que se establezca el necesario vínculo transferencialidad .

El neurótico, en cambio, por esa tendencia de retorno al narcisismo, buscará en el médico esa figura cercana a su Ideal del Yo. Al respecto Freud menciona:

"Esta sería la curación por amor que el sujeto prefiere, en general, a la analítica. llegará incluso a no creer en la posibilidad de otro medio de curación e iniciará el tratamiento con la esperanza de lograrlo en ella, orientando tal esperanza sobre la persona del médico. Pero a este plan curativo se opone, naturalmente, la incapacidad de amar del enfermo, provocada por sus extensas represiones. Cuando el tratamiento llega a desvanecer un tanto esta incapacidad surge a veces un desenlace indeseable; el enfermo se sustrae a la continuación del análisis

para realizar una elección amorosa y encomendar y confiar a la vida en común con la persona amada el resto de la curación. Este desenlace podría parecerse satisfactorio si no trajese consigo, para el sujeto, una invalidante dependencia de la persona que le ha prestado su amoroso auxilio." (30)

Es interesante ver como en este momento, Freud concibe al amor de transferencia como algo esencialmente idéntico al enamoramiento común. De hecho, en "Observaciones sobre el amor de Transferencia" de 1914 (31), señala que lo único que distingue al enamoramiento del amor de transferencia es que este último:

- (1) Es provocado por la situación analítica
- (2) Queda intensificado por la resistencia dominante en tal situación
- (3) Es menos prudente, más indiferente a sus consecuencias y más ciego en la estimación de la persona amada.

Así, surgen una serie de problemas técnicos en relación con el manejo de la transferencia por parte del médico.

---

(30) Ibidem

(31) Freud, S; Observaciones sobre el amor de transferencia. Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

En este sentido, Freud considera indispensable que la necesidad y el deseo se dejen subsistir en el paciente, ya que se trata de fuerzas importantes para impulsar la labor analítica. El problema, de haberlo, atañe más bien al analista, quien debe abstenerse de corresponder a los deseos del paciente, pues lo contrario provocaría que éste acabara repetiendo realmente, en la vida, lo que sólo debería recordar. Y aquí cabe señalar que, para Freud, el ideal de la cura era el recuerdo completo y no la repetición y, si éste no era posible, la esperanza se mantenía en las «construcciones» que permitieran llenar las lagunas del pasado infantil.

En este sentido, Laplanche señala que la transferencia adquiere importancia a los ojos de Freud, solo en la medida en que permite u obstaculiza este recuerdo, pero que nunca valorará a la relación transferencial por sí misma, ni como el espacio en el que pudiera tener lugar una abreacción de las experiencias infantiles, ni como el espacio en el que pudiera darse la corrección de un modo de relación de objeto (32).

En esta línea, Freud plantea que la transferencia, sólo debe mostrar al paciente «el camino que ha de conducir a los fundamentos infantiles de su amor» (33).

---

(32) Cfr. Laplanche, J; Pontalis, J; Diccionario de  
(33) Cfr. Freud, S; Observaciones sobre p. 1693.



Como lo señalara desde el periodo en que estudiaba el complejo de Edipo, pero ahora enriquecido por los aportes de su trabajo sobre el narcisismo, Freud planteará en esta época, que la transferencia «se compone en su totalidad de repeticiones y ecos de reacciones anteriores e incluso infantiles...» (34), por lo que un manejo adecuado de la transferencia debe llevar al descubrimiento de la elección infantil de objeto y de las fantasías a ella enlazadas.

En su artículo titulado "Recuerdo, repetición y elaboración" (35), Freud profundiza este aspecto de la repetición, tratando de encontrar su relación con la transferencia y la resistencia. Se inicia aquí una línea importante en el desarrollo de la teoría en general y que girará en torno al concepto de «repetición».

Para Freud la repetición constituye una manera especial de recordar.

"...no tardamos en advertir que la transferencia no es por sí misma más que una repetición y la repetición, la transferencia del pretérito olvidado, pero no sólo sobre el médico, sino sobre

---

(34) Ibid. p. 1694

(35) Freud, S; Recuerdo, repetición y elaboración.  
Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

todos los demás sectores de la situación presente." (36)

Puede apreciarse una ampliación del concepto que ya no sólo se dirige al médico sino que tiene un carácter mucho más amplio y afecta a la totalidad de la vida actual del paciente. Para Freud, en la situación analítica tiene un lugar un proceso, en el que de las manifestaciones de transferencia, que al principio son difusas, se pasa a un estado (neurosis de transferencia) en el que todo el comportamiento patológico del paciente, viene a centrarse ahora en la relación con su analista. La neurosis de transferencia permite coordinar esas reacciones de transferencia difusas y permite al conjunto de los síntomas y de las conductas patológicas del paciente adoptar una nueva función al referirse a la situación analítica. Para Freud, la instauración de esta neurosis de transferencia, constituye un elemento positivo en la dinámica de la cura.

" La transferencia crea así una zona intermedia entre la enfermedad y la vida, y a través de esta zona va teniendo efecto la transición desde la primera a la segunda." (37)

---

(36) Ibid. p. 1685.

(37) Ibid. p. 1687.

Este estado que surge como producto del análisis, contendrá todos los caracteres de la enfermedad, pero para Freud, se trata, sin embargo, de una «enfermedad artificial» a y que viene a constituir el terreno sobre el cual deberá actuar el analista.

Nos encontramos en un periodo en el que Freud lleva a cabo un profundo replanteamiento de toda su teoría. En 1920 publica un trabajo que lleva por título "Más allá del Principio del Placer" (33). Aquí, introduce su «segunda teoría pulsional» en la cual postula la presencia de una categoría de pulsiones a las que designará como «pulsiones de muerte». La persistencia de los fenómenos de repetición que observaba, así como la dificultad, para explicar algunos fenómenos psíquicos, únicamente como la búsqueda de una satisfacción libidinal o como una simple tentativa de disminuir las experiencias displacenteras, lo llevan a postular la presencia de este nuevo tipo de pulsiones. Para él, éstas representan la tendencia de todo ser vivo a volver al estado inorgánico y se oponen a las «pulsiones de vida», en donde ahora ha agrupado a las pulsiones del yo y a las pulsiones sexuales.

La aparición de las pulsiones de muerte, permite explicar, desde un enfoque diferente, una serie de fenómenos psíquicos, que anteriormente se explicaban mediante una

(33) Freud, S; Más allá del principio del placer. Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo III, Madrid, 1973.

complicada interacción de pulsiones, de tendencia totalmente positiva; pero, al mismo tiempo, el concepto de «pulsión de muerte» crea muchas dificultades para poder situarlo en relación con los principios del funcionamiento psíquico, especialmente con el «principio del placer», establecido por Freud mucho tiempo antes. De tal modo que algunos fenómenos psíquicos, que podían explicarse como regidos por el principio del placer, resultan difíciles de conciliar con este nuevo dualismo pulsional. En relación con la transferencia, por ejemplo, causa especial problema explicarse el aspecto resistencial de ésta, mismo que supondríamos regido por el principio del placer y al mismo tiempo, el carácter repetitivo, que es característico de la transferencia y que se encuentra más cercano a una pulsión de muerte.

La noción de pulsión de muerte crea numerosos problemas en relación con las elaboraciones que Freud había trabajado previamente, pero el interés de este trabajo, se centrará en los efectos que este nuevo postulado viene a tener sobre la teoría de la transferencia.

Antes de continuar por esta línea, es necesario que nos expliquemos a qué necesidad teórica responde la introducción de este concepto en relación con la teoría psicoanalítica en general, y, qué motivos, llevaron a Freud a establecer la existencia de una pulsión de muerte. Para esto, será

necesario seguir la evolución del concepto de «pulsión» en el pensamiento freudiano, a lo cual estará destinado el siguiente capítulo de este trabajo.

## CONCLUSIONES

Hasta aquí, la evolución del concepto en el pensamiento de Freud. Las primeras formulaciones freudianas acerca de la transferencia ponen en evidencia los puntos siguientes:

- \* Se trata de un fenómeno cuya presencia es constante y regular.
- \* Siempre que una representación se ligue a la persona del médico, se trata de transferencia y el paciente la establece en cada nueva ocasión.
- \* El mecanismo de la transferencia supone:
  - a) en el pasado, la represión de un deseo
  - b) en el presente y en relación con el médico, el resurgimiento del mismo afecto que en otra época impulsó al paciente a rechazar este deseo prohibido.

El mecanismo de la transferencia constituye, entonces, una "falsa conexión".

Se desprende que en la concepción imperante en este momento, Freud se sirve de la misma idea básica con la que explica el síntoma. Como en el caso de la histérica, cuyo deseo reprimido, es ubicado en relación con una "figura originaria"; la reproducción de este deseo, constituye la

transferencia y, en el lugar de esa figura originaria, queda la persona del médico.

En este momento, las elaboraciones de Freud en torno a la transferencia se centran más en el objeto que en la tendencia. El caso Dora, en cambio, permitirá poner más atención a los fantasmas inconcientes que a los objetos. Asimismo, el estudio del complejo de Edipo, permite a Freud, reconocer la existencia de "series psíquicas", que el sujeto elabora a partir de sus primeras experiencias y a partir de las cuales, orientará las representaciones libidinales. Toda nueva persona que entre en relación con el sujeto será insertada dentro de esta serie de patrones y evidentemente lo mismo pasará con el analista. Esta extensión del concepto de transferencia permite entenderla ahora, como un proceso que estructura el conjunto de la cura según el prototipo de los conflictos infantiles.

Esto llevará a una mayor ampliación del concepto en donde Freud definirá a la totalidad de la situación analítica, como Neurosis de Transferencia. En el análisis tiene lugar una sustitución de la neurosis del paciente, por una neurosis de transferencia, la cual tiene todas las características de la anterior, pero se trata de una "enfermedad artificial". Esta, viene a constituir una zona intermedia entre la enfermedad y la vida, constituyéndose como el terreno sobre el cual tendrá lugar el análisis.

Si bien el concepto se amplia, al grado de abarcar la totalidad de la vida presente del paciente, al mismo tiempo, la transferencia se puede definir ahora, como un fenómeno propio de la situación analítica y de hecho el análisis solo podrá ser, en adelante, un análisis de la situación transferencial.

Posteriormente, la teoría de la transferencia se centra en el problema de la repetición, lo que lleva a Freud a reformar profundamente su teoría pulsional y a postular el concepto de "pulsión de muerte". Esto planteará una serie de problemas, como el de conciliar los principios del funcionamiento psíquico -especialmente el principio del placer- con una compulsión a repetir momentos traumáticos, como en el caso de las neurosis de guerra (39). Los problemas que este postulado plantea serán retomados para su análisis más adelante.

---

(39) Freud, Si Prólogo a Der Kriegsneurossen, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo III, Madrid, 1973.



## BIBLIOGRAFIA

Bleichmar, E; El feminismo espontaneo de la histeria, Fontamara, México, 1985.

Freud, S; Breuer, J; Estudios sobre la histeria, Biblioteca Nueva, Tomo I, 3ª Edición, Madrid, 1973.

Freud, S; La interpretación de los sueños, Biblioteca Nueva, Tomo I, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Análisis fragmentario de una histeria, Biblioteca Nueva, Tomo I, 3ª Edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Tres ensayos sobre una teoría sexual, Biblioteca Nueva, Tomo I, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; La dinámica de la transferencia, Biblioteca Nueva, Tomo II, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Lo inconciente, Biblioteca Nueva, Tomo II, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Los dos principios del funcionamiento mental, Biblioteca Nueva, Tomo II, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci.  
Biblioteca Nueva, Tomo II, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Introducción al narcisismo. Biblioteca Nueva, Tomo  
II, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Observaciones sobre el amor de transferencia.  
Biblioteca Nueva, Tomo II, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Recuerdo, repetición, elaboración. Biblioteca  
Nueva, Tomo II, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Más allá del principio del placer. Biblioteca  
Nueva, Tomo III, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Prólogo al Der kriegsneurossen. Biblioteca Nueva,  
Tomo III, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Autobiografía. Biblioteca Nueva, Tomo III, 3ª  
edición, Madrid, 1973.

Laplanche, J; Pontalis J; Diccionario de psicoanálisis.  
Labor, Madrid, 1981.

## CAPITULO II

## LA PULSION DE MUERTE EN LA OBRA DE FREUD

En este capítulo se buscará seguir el desarrollo de la teoría pulsional en la obra de Freud, hasta llegar al surgimiento del concepto de pulsión de muerte. De este modo podremos indagar, a qué necesidad teórica obedece la postulación de este concepto y, dentro de este contexto, analizar las implicaciones que dicha noción tiene para la teoría de la transferencia.

Freud emplea por primera vez el término pulsión (trieb, aunque en algunas ediciones aparece traducido como instinto) en 1905, cuando escribe "Tres ensayos para una teoría sexual"(1).

Aunque el término aparece en esta época, como noción energética está presente desde que Freud distingue dos tipos de excitación, que el organismo buscará descargar según el principio de la constancia: las excitaciones externas (de las que el organismo puede escapar) y excitaciones internas (de las cuales el organismo no puede sustraerse).

El concepto de pulsión propiamente dicho, es trabajado por Freud cuando éste se dedica al estudio de la sexualidad humana. De entrada, se opone a la concepción tradicional de la sexualidad, que entiende que ésta falta en absoluto en la infancia, que se constituye en el proceso de maduración biológica de la pubertad, que se manifiesta por la atracción

---

(1) Freud, S; Tres ensayos para una teoría sexual,  
Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

del sexo opuesto y que; su fin, está constituido por la cópula sexual.

Desde un principio, distingue los elementos que constituyen a la pulsión, designando como fuente, al proceso de excitación (o estado de tensión) en un órgano, como fin, a la supresión del estado de tensión que reina en dicho órgano o fuente pulsional y; como objeto, a aquél por medio del cual la pulsión puede alcanzar su fin.

A partir del estudio de las perversiones y de la sexualidad infantil, Freud puede establecer que las pulsiones no tienen un fin ni un objeto específico, sino que, por el contrario, el objeto es variable y es elegido de acuerdo con las particularidades de la historia del sujeto. Así mismo, los fines son múltiples y parciales y guardan relación con fuentes somáticas, las cuales, también pueden ser múltiples (zonas erógenas) y pueden adquirir para el sujeto, una especial importancia sobre las demás.

Se puede apreciar, cómo Freud se opone desde un principio, claramente, al enfoque de la biología sobre la sexualidad humana, que explica las necesidades sexuales en el hombre, a partir de la existencia de un "instinto sexual", del mismo modo que supone, para explicar el hambre, de un "instinto nutricional"

Introduce el término de **pulsión**, para subrayar, precisamente, el carácter de empuje que tiene ésta. Esto es, la **pulsión** viene siendo como una "exigencia de trabajo" y constituye el resorte que pone en funcionamiento al aparato psíquico.

Es importante destacar cómo en la concepción freudiana de la **pulsión** éstas no poseen por sí, cualidad alguna, siendo lo que las diferencia entre sí, la relación en que entran con sus fuentes y sus fines.

Freud nunca estuvo de acuerdo en establecer tantas pulsiones como tipos de actividad pueden reconocerse. No obstante, introduce en esta época el concepto de "**pulsión parcial**", para distinguir los componentes de la **pulsión** y definirlos en relación con sus fuentes orgánicas y sus fines.

La mayoría de las **pulsiones parciales** se pueden relacionar con una zona erógena determinada, otras, se definen más bien por su fin, aunque pueda asignárseles una fuente somática.

Las **pulsiones parciales**, pueden apreciarse en los niños, en las actividades sexuales parciales que éstos llevan a cabo. De hecho Freud califica a la sexualidad infantil como "**perversa y polimorfa**", señalando con ésto

que la obtención de placer no se encuentra ubicada exclusivamente en los genitales, sino que se encuentra distribuida en las distintas zonas erógenas del cuerpo y no está orientada hacia la cópula.

Las pulsiones parciales, también pueden observarse en los adultos, como un residuo de la sexualidad infantil, en los placeres preliminares al acto sexual. Y del mismo modo, puede apreciarse en las perversiones, en las cuales la pulsión, ha quedado fijada en alguna de las etapas del desarrollo psicosexual de la infancia.

Es importante destacar que en psicoanálisis, sólo se habla de perversión en relación con la sexualidad y es difícil manejar la noción de perversión, si no es por referencia a una norma. En este sentido, es inevitable hablar de una sexualidad "normal", incluso aunque la disposición perversa polimorfa, sea característica de la sexualidad infantil y aunque la mayoría de las perversiones se encuentren en el desarrollo psicosexual de todo individuo.

Lo original en Freud consistió en encontrar precisamente en la perversión, el elemento de apoyo para cuestionar la noción tradicional de "instinto sexual", misma que hace referencia a un comportamiento preformado,

propio de una determinada especie y relativamente invariable en cuanto a su fuente, a su objeto y a su fin.

Aunque desde un principio, la pulsión fue analizada sobre el modelo de la sexualidad, Freud siempre diferenció a la pulsión sexual de las otras pulsiones. Su concepción de la pulsión fue siempre dualista y desde su primera teoría pulsional ubicó a las pulsiones sexuales en oposición con las pulsiones del yo o de autoconservación. Y si bien, éste dualismo no será invocado por Freud sino hasta 1910, se encuentra implícito desde los "Tres ensayos para una teoría sexual" (1905), donde muestra claramente cómo, la actividad sexual, se apoya en principio en las actividades relacionadas con la conservación de la vida, para luego hacerse independiente de ella.

Refiriéndose por ejemplo, a la lactancia -la primera actividad del niño y la de más importancia vital para él- Freud comenta:

"... la succión del pecho de la madre le ha hecho conocer, apenas nacido, el placer. Diríase que los labios del niño se han conducido como una zona erógena, siendo, sin duda, la excitación producida por la cálida corriente de la leche la causa de la primera sensación



de placer. En un principio la satisfacción de la zona erógena aparece asociada con la del hambre ... Viendo a un niño que ha saciado su apetito y que se retira del pecho de la madre con las mejillas enrojecidas y una bienaventurada sonrisa, para caer enseguida en un profundo sueño, hemos de reconocer en este cuadro el modelo y la expresión de la satisfacción sexual que el sujeto conocerá más tarde". (2)

Podemos ver además, cómo esta actividad nos muestra los caracteres esenciales de una manifestación sexual infantil:

- Surge apoyándose en una de las funciones fisiológicas más vitales.
- No conoce ningún objeto sexual (es autoerótica)
- Su fin sexual se encuentra en dependencia con una zona erógena.

La noción freudiana de la pulsión, nos plantea el problema de cómo ubicarla en relación con lo somático y con lo psíquico. Pues retomando su definición, se trata de una fuerza que, desde dentro, empuja al organismo a realizar ciertos actos que puedan provocar una descarga de

---

(2) Ibid. p. 1200.

excitación. ¿Se trata entonces, de una fuerza somática o de una energía psíquica?

Freud plantea que se trata de un concepto límite entre lo somático y lo psíquico. Trata de resolver este problema haciendo uso de la noción de "representante" para referirse a la expresión psíquica de las excitaciones somáticas:

"La pulsión no es más que la representación psíquica de una fuente de excitación, continuamente corriente o intrasomática, a diferencia del 'estímulo' producido por excitaciones aisladas procedentes del exterior." (3)

El representante vendría siendo, entonces, una especie de enviado o delegado de lo somático en lo psíquico.

De cualquier modo, estas formulaciones respecto al representante, serán desarrolladas más ampliamente hasta 1915, por lo que volveremos sobre el tema más adelante, en el curso de este trabajo.

Lo más destacable de este periodo, en relación con el desarrollo de la noción de pulsión, es evidentemente la ruptura con la noción clásica del "instinto". Así mismo, con

---

(3) Ibid. p. 1191.

la noción de "pulsión parcial", Freud nos muestra que la sexualidad es en principio polimorfa y, finalmente, nos deja claro, -en el hecho de que se niegue a buscar para cada actividad, una correspondiente fuerza biológica- cómo en adelante, concebirá al conjunto de las manifestaciones pulsionales más bien como una tendencia general, cuyo destino -por cierto- marcará la personalidad de cada ser humano.

Por el año de 1910, Freud enuncia la oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo (o de autoconservación). Esta oposición es postulada en el trabajo "Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión".(4) Aquí encontramos la primera mención de Freud del concepto de "pulsiones del yo":

"Muy importante para nuestra tentativa de explicación es la innegable oposición entre las pulsiones puestas al servicio de la sexualidad y de la consecución del placer sexual y aquellas otras cuyo fin es la conservación del individuo o pulsiones del yo. Siguiendo las palabras del poeta, podemos clasificar como 'hambre' o como 'amor' todos los

---

(4) Freud, S; Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión. Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

instintos orgánicos que actúan en  
nuestra alma." (5)

Como se mencionó anteriormente este dualismo se hallaba implícito en las elaboraciones previas sobre la teoría sexual, pero aparece ya claramente planteado en los trabajos de esta época. Podemos destacar dos aspectos importantes de estos trabajos: el apoyo de las pulsiones sexuales sobre las pulsiones de autoconservación y el papel fundamental que juega esta oposición en el conflicto psíquico.

Freud ejemplifica este doble aspecto en su exposición sobre los trastornos psicógenos de la visión. Aquí muestra cómo un mismo órgano, el ojo, tiene relación con los dos tipos de actividad pulsional, en la medida en que por un lado, percibe las modificaciones del mundo exterior, importantes para la conservación de la vida y, por otro, percibe también aquellas cualidades de los objetos, de las que depende que estos se conviertan en objetos de la elección erótica. Cuanto más estrecha es la relación entre dicho órgano y uno de los tipos de pulsiones, más se rehusa al otro tipo.

Esta situación puede generar un conflicto entre las dos pulsiones fundamentales y conducir a la producción de un síntoma que se localizará justamente en dicho órgano.

---

(5) Ibid. p. 1633.

Aquí vale la pena señalar que si bien la noción de "conflicto psíquico" se constituyó desde un principio en un concepto central de la teoría psicoanalítica, por cuanto permitía acercarse a la comprensión de las neurosis, este concepto fue sufriendo modificaciones con el tiempo.

En principio, Freud ubicaba al conflicto como algo que se daba entre los sistemas Ics. y Pcs/Cs separados por la censura. Donde las dos fuerzas que se hallan en conflicto son la sexualidad y una instancia represora que incluye a las aspiraciones éticas y estéticas de la personalidad. Sólo posteriormente Freud encontrará un soporte pulsional para el conflicto y planteará que el substrato de éste lo constituye la oposición entre las pulsiones sexuales y las pulsiones de autoconservación (o del yo). Nos encontramos justamente en este período.

En relación con el modo en que llegan a oponerse estas dos pulsiones, en "Los dos principios del funcionamiento mental" (6) Freud plantea que los dos grupos de pulsiones, que originalmente se rigen por el principio del placer, van a ir sufriendo una evolución en su modo de funcionamiento conforme va teniendo lugar el reconocimiento de la realidad. Como las pulsiones del yo solo pueden satisfacerse con objetos reales, en su funcionamiento va a ir teniendo lugar

(6) Freud, S; Los dos principios del funcionamiento mental.  
Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

una sustitución del principio del placer por el principio de realidad. Este tránsito del principio del placer al principio de realidad será mucho más rápido para las pulsiones del yo que para las pulsiones sexuales, las cuales debido a que pueden satisfacerse con objetos de la fantasía, permanecen mucho más tiempo bajo el dominio del principio del placer.

Este desface es el que ocasiona, justamente el conflicto, que bien puede plantearse como un conflicto entre el principio del placer y el principio de realidad (7).

Dado que las pulsiones del yo comienzan más pronto a regirse por el principio de realidad, llegan a constituirse en agentes de la realidad oponiéndose así a las pulsiones sexuales.

Freud explica que una parte importante de la predisposición a la neurosis parte de este retardo de la pulsión sexual en tener en cuenta la realidad.

"A consecuencia de todo esto se establece una relación más estrecha entre la pulsión sexual y la fantasía, por un lado, y las pulsiones del yo y las actividades de la conciencia, por

---

(7) Ibidem.

otro. (...) La acción continuada del autoerotismo permite que la satisfacción en objetos sexuales imaginarios, más fácil y rápida, sea mantenida en sustitución de la satisfacción en objetos reales, más trabajosa y aplazada. La represión se mantiene omnipotente en el terreno de la fantasía y consigue inhibir las representaciones *IN STATU NASCENDI*, antes que puedan ser advertidas por la conciencia, cuando su carga de energía psíquica pudiera provocar displacer. Este es el punto débil de nuestra organización psíquica y puede ser utilizado para someter de nuevo al principio del placer a procesos mentales devenidos racionales ya. En consecuencia, uno de los elementos esenciales de la disposición psíquica a la neurosis es engendrado por el retraso en educar a la pulsión sexual en el respeto a la realidad y por las condiciones que han permitido tal retraso". (8)

---

(8) *Ibid.* p. 1640.

En relación con esta oposición entre el principio del placer y el principio de realidad debemos considerar un aspecto importante. El principio del placer tiende a la descarga inmediata de la energía excesiva con el fin de buscar un equilibrio y aliviar la tensión, ya que el aumento de ésta es sentido como displacer. Sin embargo, tal descarga inmediata no es siempre conveniente, pues en el mundo exterior no siempre existen las condiciones necesarias y dicha descarga podría ocasionar más displacer. De este modo, el organismo (siguiendo el principio de realidad) posterga una descarga que resultaría insegura, lo cual asegura la evitación del displacer.

En este sentido debemos entender que el principio de realidad, no es la antítesis del principio del placer, sino una versión modificada de éste, al cual sirve.

Podríamos detenernos a pensar qué significación tiene el que Freud maneje pulsiones del yo como sinónimo de pulsiones de autonconservación o, como dirían Laplanche y Pontalis "¿En qué sentido un determinado grupo de pulsiones puede considerarse inherente al yo?" (9)

En un sentido biológico, Freud plantea esta oposición, como algo que se da entre aquello que tiende a la conservación del individuo y aquello que busca la

(9) Laplanche, J; Pontalis, B; Diccionario de Psicoanálisis. Labor, Madrid, 1981.



conservación de la especie. En este sentido las pulsiones del yo vendrían siendo las pulsiones de conservación de sí mismo, lo que nos lleva a concebir al yo como la instancia psíquica encargada de la conservación del individuo. Aunque en este momento no debe entenderse instancia como Freud lo manejará más tarde, es decir, como uno entre tres componentes del sistema psíquico, como lo hará en "El yo y el ello" (10) en 1923.

En relación con el funcionamiento del aparato psíquico, Freud muestra cómo las pulsiones de autoconservación se prestan especialmente para funcionar según el principio de realidad, por lo que incluso habla de un "yo-realidad", pensando en lo que moldea el funcionamiento de las pulsiones del yo.

Lo que parece confuso en Freud en este periodo, es su concepción del yo. Desde que introduce la noción de pulsiones del yo, señala que éstas están fijadas a un grupo determinado de representaciones "a las que reunimos bajo el nombre del yo como concepto común diferentemente compuesto en cada caso."

Esto nos lleva a entender que las pulsiones del yo invisten al yo, que vendría siendo el "grupo de representaciones" que a su vez se dirigen hacia el yo. En

(10) Freud, S; El yo y el ello. Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo III, Madrid, 1973.

este sentido ¿cómo podemos entender al yo? ¿como un objeto de las pulsiones o como aquello de donde parten éstas?. Esta ambigüedad en relación con la noción de yo, se hará todavía más evidente posteriormente, cuando Freud trabaje el concepto de narcicismo, por lo que regresaremos sobre este punto más adelante.

En 1915, Freud estaba interesado en elaborar un conjunto de trabajos, destinados a presentar los fundamentos básicos del Psicoanálisis, en un libro que nunca llegó a concretarse. "Las pulsiones y sus destinos" (11) un artículo escrito por Freud en 1915, forma parte de ese conjunto originalmente planeado por Freud. Lo que muestra que el concepto de pulsión constituyó para él, desde un inicio, un principio fundamental de la teoría psicoanalítica.

En este artículo, introduce el último elemento a propósito de la noción de pulsión, al que da el nombre de "drang", que en algunas traducciones aparece como "empuje" y en otras como "perentoriedad". Con este elemento pretende hacer referencia al aspecto motor o de fuerza o, como el propio Freud llamaría, a la cantidad de exigencia de trabajo propio de la pulsión.

Ahora, agrupa estos cuatro elementos: empuje, fuente, objeto y fin; y da una definición de conjunto de la pulsión.

(11) Freud, S; Los instintos y sus destinos. Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

Insiste en establecer la clara diferencia entre el estímulo que actúa desde el exterior, provocando una respuesta refleja, y la pulsión, que no actúa nunca como una fuerza de impacto momentánea, sino siempre como una fuerza constante, de la cual (debido a que proviene del interior) no es posible sustraerse. Esto lleva al individuo a establecer una importantísima diferenciación entre el mundo exterior y el interno.

La tensión que generan las pulsiones, induce al sujeto a llevar a cabo complicadísimas actividades relacionadas entre sí y que modifican ampliamente el mundo exterior.

Freud sostiene la idea de que el organismo siempre tenderá a reducir la tensión y, si eso fuera posible quisiera mantenerse libre de todo estímulo.

Esto nos hace pensar, que acaso ya estaba presente en Freud una cierta concepción de la pulsión en la que ésta, al ser asumida como algo que busca reducir las tensiones y el retorno a un estado anterior, buscaría en último término el retorno al estado inorgánico; concepción que lo llevará con el tiempo, a postular la existencia de una pulsión de muerte, y a la cual concebirá como la pulsión por excelencia.

Para Freud, todas las pulsiones son cualitativamente iguales y sus diferencias dependerán de las magnitudes de excitación. Sólo distingue dos grupos importantes como se mencionó anteriormente: el de las pulsiones sexuales y el de las pulsiones del yo o de autoconservación.

Si esta división pudiera parecerse arbitraria, ya el mismo Freud mencionaba que no se trataba más que de una construcción auxiliar, para ser mantenida sólo mientras fuese útil y que, de ser sustituida por otra, alteraría muy poco los resultados de la labor descriptiva.

Si se revisan los trabajos de Freud de este periodo, da la impresión de que esta diferenciación entre los dos grupos de pulsiones, se le aparece un tanto forzada, parece que él mismo no está muy seguro del valor teórico de esta división y de hecho, el trabajo que desarrolla en 1914 sobre el problema del narcisismo hace difícil sostener estos desarrollos en relación con su teoría pulsional.

Freud había establecido una oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación, pero a partir de su trabajo sobre el problema del narcisismo (12), encuentra necesario considerar a las pulsiones en relación con el objeto al que apuntan, por lo que establece la distinción entre pulsiones del yo (entendiendo al yo como un objeto al

(12) Freud, S; Introducción al narcisismo, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

que invisten las pulsiones) y pulsiones de objeto (cuando invisten a los objetos del mundo). De este modo, se explica el narcisismo como un estado en el que el yo, es tomado como objeto de amor. En este sentido, el narcisismo está en relación con las pulsiones sexuales, pero, encuentra que también las pulsiones de autoconservación sirven al narcisismo, en la medida en que la preservación del yo viene siendo una forma de amor a sí mismo.

Cabe preguntarse entonces, sobre el sentido de establecer tal distinción entre pulsiones sexuales y pulsiones del yo o de autoconservación.

En "Las pulsiones y sus destinos", Freud sigue el desarrollo por el que pasan las pulsiones a través del desarrollo y de la vida. Se concentra especialmente en los destinos de las pulsiones sexuales, ya que se trata del tipo de pulsiones sobre el que mayor conocimiento había alcanzado.

Encuentra que la pulsión puede seguir diferentes destinos tales como:

- La transformación en lo contrario
- La orientación hacia la propia persona
- La represión
- La sublimación

La represión y la sublimación merecen, en opinión de Freud, un capítulo aparte y se limita a la discusión de los dos primeros puntos.

En lo que respecta a la transformación en lo contrario señala, que esta se descompone en dos procesos: el paso de la actividad a la pasividad y la inversión de contenido. Lo que sufre la transformación son los fines de la pulsión. Ejemplos del primer proceso, son los pares antitéticos sadismo-masochismo y escopofilia (placer visual)-exhibicionismo. Como ejemplo del segundo proceso (la inversión de contenido), Freud menciona la transformación del amor en odio.

En este momento, concibe a los fenómenos como el odio, el sadismo, etc. sólo como transformaciones que siguen las pulsiones en su desarrollo, esto es, se trata de características, llamémosles secundarias, de las pulsiones y no ve en ellas algo primordial o fundamental.

Sin embargo, esta concepción ira cambiando paulatinamente hasta llevarlo a asumir una idea radicalmente distinta sobre la pulsión, en la que terminará por concebir al odio, al sadismo, etc. como componentes de una entidad pulsional primordial: La "pulsión de muerte".

No podemos adentrarnos en el tema de la pulsión de muerte, sin conocer los antecedentes que llevaron a Freud a plantear tal hipótesis. Los motivos que parecen haberlo conducido a postular la existencia de una pulsión de muerte son varios.

Por un lado, fenómenos tales como el odio, la agresividad, el sadismo y el masoquismo, adquieren mayor importancia a los ojos de Freud, conforme se adentra en el estudio de la neurosis obsesiva y de la melancolía. Sin embargo, resultaba problemático explicar estos fenómenos a partir de la teoría pulsional que había desarrollado hasta el momento. Por ejemplo, se veía obligado a explicar fenómenos como el sadismo y el masoquismo a partir de una muy complicada interacción de pulsiones.

El odio, por otro lado resultaba difícil de deducir de las pulsiones sexuales. En "Los Instintos y sus destinos" (1915) el sadismo y el odio son explicados a partir de las pulsiones de autoconservación.:

"...el verdadero prototipo de la relación de odio no procede de la vida sexual, sino de la lucha del yo por su conservación y mantención."(13)

---

(13) Cfr. Freud, S; Los instintos y... p.2050.

Freud ve en el odio una relación con los objetos "más antigua que el amor"(14)

Así mismo, como consecuencia de sus desarrollos sobre el narcisismo, parece quedar borrosa la distinción establecida entre los dos grupos fundamentales de pulsiones (sexuales y de autoconservación), convirtiéndose ambas sólo en distintas modalidades de la libido y; podemos pensar, que Freud encontró especial dificultad en concebir al odio dentro del marco de un monismo pulsional.

En escritos anteriores a "El problema económico del masoquismo"(1924), Freud se explicaba el masoquismo, como una vuelta del sadismo primitivo contra la propia persona. La posibilidad de un masoquismo primordial, no podía ser asumida todavía por Freud debido a la falta de un sustento pulsional.

"Es muy dudoso que exista una satisfacción masoquista más directa. No parece existir un masoquismo primitivo no nacido del sadismo en la forma descrita." (15)

---

(14) Ibidem.

(15) Ibid. p. 2045.



El masoquismo primordial sólo será admitido por Freud una vez establecida la hipótesis de la pulsión de muerte. De cualquier modo, el problema estaba planteado y, la reflexión de Freud al respecto, nos hace pensar que el otro polo del nuevo gran dualismo pulsional, comenzaba a asomarse.

Otro de los motivos que lo llevan a postular la existencia de una pulsión de muerte, es la observación de los fenómenos de repetición que, difícilmente, podían explicarse como una búsqueda de satisfacción libidinal o como un intento de evitar las experiencias displacenteras.

La noción de "compulsión a la repetición" es trabajada en "Más allá del principio del placer" (1929). Es de suponer, que Freud se enfrentó desde muy temprano en su práctica clínica, a los fenómenos de repetición, especialmente, si se consideran los síntomas, algunos de los cuales, son claramente repetitivos. Pues lo reprimido para Freud, siempre intenta retornar al presente ya sea en forma de sueños, de síntomas o actuando. Precisamente el fenómeno de la "transferencia" atestigua esta necesidad del conflicto reprimido de actualizarse en la relación con el analista.

Freud se da cuenta de que lo que se repite son experiencias claramente displacenteras y resulta difícil explicarlas a partir de la idea de que todo fenómeno psíquico está regido por el "principio del placer" o por su

versión modificada que es el "principio de realidad". En principio, Freud no rechaza la idea de que, bajo el sufrimiento aparente, se busque la realización de un deseo. Pero esta tentativa de explicación no parece convencerlo totalmente pues ve en este fenómeno algo mucho más fundamental, que ilustra, justamente, ese carácter regresivo de la pulsión, algo, que pareciera tender a la descarga absoluta, como una fuerza incontrolable, independiente del principio del placer y capaz de oponerse a éste. Algo, como una pulsión de muerte.

Nos encontramos en el año 1920 y en el inicio de un periodo de singular importancia para la obra de Freud, en el cual, somete a discusión los conceptos fundamentales de su teoría. A este periodo suele llamársele "vuelta de los años 20". Por tal razón resulta difícil delimitar los conceptos desarrollados en este periodo, en tanto que se hallan inmersos dentro de la investigación especulativa realizada por Freud en este momento decisivo, con sus dudas y sus contradicciones.

Se mencionó anteriormente que la compulsión a la repetición, se le presenta a Freud como un fenómeno difícil de conciliar con el principio del placer, ya que no es fácil encontrar en éste la realización de un deseo reprimido, ni siquiera en la forma de una transacción o compromiso. El problema podría resumirse en la pregunta que hace Laplanche:

"¿Es necesario postular la existencia, junto a la «repetición de las necesidades», de una «necesidad de repetición» radicalmente distinta y más fundamental?"

Aunque Freud no puede observar la compulsión a la repetición en estado puro, sino siempre mezclada con motivos que obedecen al principio del placer, cada vez dará mayor importancia a este concepto hasta el final de su obra:

"Estos datos..., nos hacen suponer que en la vida anímica existe realmente una compulsión a la repetición que va más allá del principio del placer... Más de todos modos, debemos decirnos que sólo en raros casos podemos observar los efectos de la compulsión a la repetición por sí solos y sin la ayuda de otros motivos... La compulsión a la repetición y la satisfacción instintiva directa y acompañada de placer parecen confundirse en una íntima comunidad." (16)

La especulación que Freud lleva a cabo y que lo conduce finalmente hasta suponer la existencia de una pulsión de muerte sigue más o menos el camino siguiente:

---

(16) Freud, S: Más allá del principio del placer, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo III, Madrid, pp. 2516-17.

La esencia de la pulsión, es esa tendencia a retornar a un estado anterior; la tendencia última, por tanto, será retornar hasta ese estado en que no hay ninguna tensión, ese estado en que no había vida. Si lo vivo surgió de lo no vivo, los organismos tenderán a retornar a lo inorgánico, todas las funciones vitales tendrán como último fin la muerte. De ahí que todo ser vivo muere por causas internas. Por lo tanto:

"La meta de toda vida es la muerte"

Pero, si las pulsiones se nos mostraban como un factor que impulsaba el cambio y la evolución, ¿cómo entender ahora en ellas ese carácter regresivo que conduciría hasta lo inanimado?

Para Freud, la evolución orgánica se debe a influencias exteriores y perturbadoras que actuaron sobre las pulsiones, desviándolas de su curso original y llevándolas a hacer complicados rodeos hasta alcanzar el fin de la muerte.

Según esta idea, todos los procesos vitales no son más que un rodeo hacia la muerte. Pero, ¿qué pasa entonces con las pulsiones sexuales y de autoconservación, cuyo fin parecía ser la preservación de la especie y del individuo respectivamente?

Ahora resultan ser, no más que el grupo de pulsiones más desviado (por las influencias perturbadoras del exterior) de su fin primigenio: la muerte.

Freud nos dice que "también estos guardianes de la vida fueron primitivamente escolta de la muerte". Así, este rodeo hacia la muerte que resulta ser la vida, sólo muestra el hecho de que "el organismo no quiere morir sino a su manera".

De este modo las pulsiones sexuales y las de autoconservación, son conservadoras en el mismo sentido que las otras dado que tienden al retorno a un estado anterior, pero conservan la vida misma para más largo tiempo: "son las verdaderas pulsiones de vida". Estas actúan en contra de la tendencia de las otras pulsiones, que por medio de la función llevan a la muerte. Aparece así una contradicción entre ellas y las demás.

A partir de ahora Freud explicará el conflicto psíquico, como el resultado de la oposición entre las pulsiones de vida (donde ahora ha agrupado a las pulsiones sexuales y a las de autoconservación) y las pulsiones de muerte.

La libido de las pulsiones sexuales saldrá al encuentro de la pulsión de muerte o de destrucción con la misión de

volverla inofensiva y buscará liberarse de ella, derivándola en gran parte hacia el exterior, dirigiéndola contra los objetos del mundo exterior, lo cual se hace con la ayuda de la musculatura.

A esta pulsión se le denomina entonces como pulsión destructiva, pulsión de apoderamiento, voluntad de poder. Parte de esta pulsión se pondrá directamente al servicio de la función sexual, constituyendo el sadismo propiamente dicho. Otra parte no se desplaza hacia el exterior sino que permanece en el organismo, ligada libidinalmente, constituyendo el masoquismo primario erógeno.

Llama la atención ver hasta donde llevó la especulación a Freud, de algo que comenzó por curiosidad y se le fue imponiendo progresivamente.

"Al principio presenté estas concepciones con la única intención de ver adónde conducían pero, con los años han adquirido tal poder sobre mí que ya no puedo pensar de otro modo." (17)

Si bien, ahora podían explicarse fenómenos como el sadismo y el masoquismo con mayor claridad, también es

---

(17) Freud, S; El malestar en la cultura, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo III, Madrid, 1973, p. 3051.

cierto que el nuevo dualismo pulsional no influyó mayormente en la teoría de las neurosis o en los modelos del conflicto.

En general Freud parecía encontrar muchas dificultades para sacar partido del nuevo dualismo pulsional. En "El Yo y el Ello" (1923) llega a mencionar:

"Comprobamos... que todas aquellas pulsiones cuya investigación nos es posible llevar a cabo se nos revelan como ramificaciones del Eros. Sin las consideraciones desarrolladas en "Más allá del principio del placer" y el descubrimiento de los elementos sádicos del Eros nos sería difícil mantener nuestra concepción dualista fundamental." (18)

En este trabajo Freud expone su teoría estructural, en la que propone un aparato psíquico constituido por las tres conocidas instancias: Yo, Ello y Superyó. Cuando se cuestiona sobre la relación entre las tres instancias mencionadas y los dos grupos de pulsiones, se aprecia que el conflicto entre instancias no se acomoda fácilmente con el dualismo pulsional.

---

(18) Freud, S; El Yo y el Ello, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo III, Madrid, 1973, p. 2720.

De hecho el conflicto entre instancias, parece prescindir ya del conflicto pulsional. Ahora se concibe al Ello, como el reservorio pulsional que incluye los dos tipos de pulsiones. La energía empleada por el Yo, es tomada de este reservorio en forma de energía desexualizada y sublimada.

Cuando se trata de describir las modalidades del conflicto, no se ve la supuesta oposición entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte. Con el tiempo Freud dirá que no se trata de limitar a las pulsiones fundamentales a una o a otra "provincia psíquica", sino que es necesario poderlas encontrar por todas partes. Aún así le resulta tan problemático ubicar el conflicto a partir del nuevo dualismo pulsional que terminará rescatando una fórmula del conflicto muy anterior a esta época señalando que desde un punto de vista empírico sigue siendo válida la distinción entre pulsiones del yo y pulsiones de objeto.

"El análisis empírico nos lleva a establecer dos grupos de pulsiones: las denominadas pulsiones del yo, cuyo fin es la autoconservación, y las pulsiones objetales, que conciernen a la relación con los objetos exteriores. Las pulsiones sociales no son aceptados con carácter elemental e irreducible. La



especulación teórica permite suponer la existencia de dos instintos fundamentales que yacerían ocultos tras los instintos yoicos y objetales manifiestos, a saber: a) el Eros, pulsión tendiente a la unión cada vez más amplia, y b) la pulsión de destrucción, conducente a la disolución de todo lo viviente. (19)

Para los fines de este trabajo, interesan especialmente los problemas que experimenta Freud para situar la pulsión de muerte en relación con los principios del funcionamiento psíquico, particularmente con el principio del placer.

Parece claro que había un buen número de fenómenos que contradecían dicho principio. En este sentido, parece coherente postular como sustento pulsional de estos fenómenos a la pulsión de muerte. Pero es evidente que ésta pone verdaderamente en tela de juicio el predominio del principio del placer, como aceptará Freud en un principio.

Sin embargo, Freud parece seguir el siguiente razonamiento: las pulsiones de vida (regidas por el principio del placer) tienden a la descarga de excitación, ya que el aumento de tal tensión generaría displacer. Pero,

(19) Freud, S; Psicoanálisis: escuela freudiana, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo III, Madrid, 1973. pp. 2905-06.

si finalmente toda pulsión tiende al retorno a un estado anterior y por tanto -en última instancia- tiende directa o indirectamente, hacia la muerte; entonces, el principio del placer "parece, de hecho, hallarse al servicio de las pulsiones de muerte".

Aún así, se percibe cierta contradicción, pues si el principio del placer se halla al servicio de las pulsiones de muerte, entonces la compulsión a la repetición, aún tomada en el sentido extremo en que la acepta Freud, no puede quedar situada "más allá del principio del placer".

Freud parece darse cuenta de esta contradicción, lo que le lleva a distinguir del principio del placer el principio de nirvana (20), que representaría la tendencia a la reducción de las tensiones a cero. En este sentido, el principio de nirvana se hallaría completamente al servicio de las pulsiones de muerte y el principio del placer representaría ahora las exigencias de la libido. Como señala Laplanche, en este momento la definición del principio del placer "se vuelve más cualitativa que económica" (21).

Parece entonces, que solo podremos plantearnos el problema de un "más allá del principio del placer", si nos remitimos a conceptos como placer, constancia, reducción de

---

(20) Freud, S; Cfr. El problema económico...

(21) Cfr. Laplanche, J; Pontalis J-B., Diccionario de...

las tensiones a cero, etc., que nos permitan entender que es lo que entiende Freud por "principio del placer".

Podemos ver que en las formulaciones que hace Freud sobre el principio del placer a lo largo de su obra se confunden dos tendencias: una tendencia a la descarga completa de excitación y una tendencia al mantenimiento de un nivel constante (homeostasis).

Nos enfrentamos entonces, al problema de saber si lo que Freud denomina principio del placer, corresponde a mantener constante el nivel de energía o a una reducción de las tensiones al nivel más bajo. En algunas formulaciones, parece que el principio del placer está en relación con el mantenimiento de la constancia, pero en trabajos como el "Proyecto de una psicología para neurólogos" de 1895 y "Más allá del principio del placer" se aprecia que el principio del placer, se opone más bien, al mantenimiento de la constancia, ya sea porque se trata de un flujo libre de energía, mientras que la constancia se refiere a la ligazón de ésta, como le llamaría Freud en la época del proyecto de psicología.

En fin, que sin bien no encontramos una referencia explícita de Freud, que pueda evitar la confusión que se halla implícita en estas formulaciones, si podríamos por un deseo personal de aclaración conceptual desprender que el

Principio del placer correspondería a la tendencia a reducir a cero la cantidad de excitación, mientras que el mantenimiento de la constancia, correspondería al principio de realidad, esto es, como un aspecto secundario pero necesario para mantener la vida.

Desde esta perspectiva es más fácil comprender el hecho de que Freud termine por afirmar que el principio del placer se encuentra al servicio de las pulsiones de muerte.

Así pues, si aparentemente la nueva teoría de las pulsiones, no parece aportar grandes cambios al resto de la teoría, cabe preguntarse ¿por qué Freud afirma y mantiene hasta el final de su obra la noción de pulsión de muerte?

Es evidente que tal hipótesis responde a una exigencia teórica fundamental y es más que un apoyo para describir aspectos específicos del funcionamiento psíquico.

Porque ciertamente es difícil encontrar una equivalencia entre aquellas pulsiones, cuyos efectos Freud observó en la clínica y mostró como actuaban en el funcionamiento de la sexualidad humana; y aquellas otras, que se oponen a las primeras, en un conflicto que no es clínicamente observable, pero que Freud supone están presentes y van más allá del individuo humano.

Y es que en esta última teoría, las pulsiones de muerte y en general, la oposición entre los dos grandes tipos de pulsiones, son concebidas por Freud más que como motivaciones concretas del funcionamiento del organismo, como principios fundamentales que rigen, en último término, la actividad de éste. Adquieren para él un carácter más bien mítico.

"La teoría de las pulsiones es, por así decirlo, nuestra mitología. Las pulsiones son seres míticos, magnos en su indeterminación" (22).

Lo que sin duda resulta interesante es que a partir de estas formulaciones y de sus desarrollos en relación con el sadomasoquismo, que es para Freud "la expresión privilegiada del principio más radical del funcionamiento psíquico", ahora, todo deseo, agresivo o sexual, se halla ligado al deseo de muerte.

Parece que lo que hace a Freud sentirse tan atraído por la idea de una pulsión de muerte, es que ve en ella una reafirmación de lo que consideró como la esencia misma del inconciente: ese carácter indomitable e indestructible.

---

(22) Freud, S: Nuevas Lecciones de introducción al psicoanálisis, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo III, Madrid, 1973. p. 3154.

### CONCLUSIONES

La teoría de las pulsiones es, sin duda, la parte más importante de la teoría psicoanalítica aunque, como el mismo Freud señala, es también la más incompleta.

Aún así, no podemos pretender acercarnos al conocimiento del funcionamiento del aparato psíquico, sin conocer el resorte que lo pone en movimiento. En este sentido, la teoría de las pulsiones constituye el fundamento energético de todos los fenómenos psíquicos que el psicoanálisis trata de explicar.

Es por esto que, en una buena parte de los trabajos desarrollados por Freud, encontramos alguna referencia al aspecto pulsional, como también encontramos trabajos dedicados íntegramente a este tema.

Algunos de los desarrollos teóricos de este autor, tuvieron especial influencia sobre la teoría de las pulsiones y en el modo en que ésta se fue conformando, pero también, a la inversa, los cambios producidos en el largo desarrollo de la teoría de las pulsiones fueron produciendo sus efectos en el resto de la teoría.

Ya en este capítulo se ha mostrado el camino que siguió la teoría de las pulsiones en el pensamiento freudiano. En este camino, podemos distinguir dos momentos particularmente importantes, en los que Freud presenta en forma esquematizada todas sus elaboraciones en torno al concepto de pulsión:

- El de la primera teoría pulsional, que aparece claramente planteada en 1910 en el ensayo "El concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión" pero que ya se esbozaba desde los "Tres ensayos para una teoría sexual" de 1905, en donde explica el conflicto psíquico a partir de la oposición entre pulsiones sexuales y pulsiones de autoconservación, y

- El de la segunda teoría pulsional, que aparece en "Más allá del principio del placer" (1920) y en la que opone pulsiones de muerte a pulsiones de vida (donde ahora agrupa a las pulsiones del yo y a las pulsiones sexuales).

Como pudimos apreciar, la primera teoría pulsional queda fuertemente cuestionada a partir de la introducción del concepto de narcisismo. Cuando Freud distingue a las pulsiones en relación con el objeto al que apuntan (pulsiones del yo- pulsiones de objeto) y encuentra que la autoconservación es, finalmente, una forma de amor a sí mismo, tal oposición parece poco sostenible.

Este hecho, así como la dificultad para explicar fenómenos como el sadismo y el masoquismo y, finalmente la observación en muy distintas formas del fenómeno de la repetición, lo llevan a postular su segunda teoría pulsional.

En forma sumamente sintetizada, hemos tratado de presentar una parte del contenido del capítulo. Sin embargo, la introducción de la última teoría pulsional, plantea una serie de problemas de particular interés en el desarrollo de este trabajo, y a cuya exposición y análisis nos dedicaremos a continuación.

Por principio, hemos podido constatar que el desarrollo que sigue la teoría de las pulsiones en Freud lo lleva, en un último momento de elaboración, a concebir a éstas en un plano diferente del de sus teorías anteriores. El hecho de que la teoría de las pulsiones adquiera, al final, un carácter más bien mítico, nos lleva a preguntarnos sobre las repercusiones y la utilidad que dicha concepción puede tener tanto para la teoría psicoanalítica en general, como para la clínica.

Podemos percatarnos de la pequeñez de los cambios que la nueva teoría de las pulsiones aporta, para la explicación del conflicto neurótico, también podemos apreciar que en el



conflicto entre las instancias de la personalidad (Yo, Ello, Superyó) no es fácil ubicar a este último dualismo pulsional y; finalmente, sorprende ver lo poco que aporta tal teoría para la descripción de la evolución de las fases pulsionales.

En cierto sentido, la teoría de las pulsiones pierde su carácter descriptivo al nivel de lo fenomenológico, de lo que se muestra en la cura. De hecho, en relación con el conflicto pulsional, Freud tiene que apoyarse en una fórmula anterior (pulsiones del yo - pulsiones de objeto), para poder explicar aspectos concretos del funcionamiento psíquico.

Otro problema que plantea este postulado, es el hecho de que la pulsión de muerte no se manifiesta en forma pura, sino siempre mezclada con motivos que obedecen al principio del placer y por tanto que tienen relación con las pulsiones de vida.

Como consecuencia de lo anterior, podríamos hacernos el siguiente cuestionamiento: si el último dualismo pulsional, parece tener escasa influencia en el resto de la teoría, si además es difícil de ubicar al nivel de los fenómenos que se presentan en la experiencia clínica, ¿Será tal vez, necesario desechar esta parte del trabajo de Freud y buscar,

una explicación teórica diferente para los fenómenos como la compulsión a la repetición, el sadismo, el masoquismo, etc.?

Y sin embargo, desde un punto de vista personal, considero que la segunda teoría pulsional, es sostenible y necesaria. Pero para aproximarnos a los problemas planteados anteriormente, es necesario distinguir dos niveles de comprensión:

- Un primer nivel en el que la pulsión de muerte se nos presenta como una conclusión lógica, necesaria para Freud, a partir de las premisas de las que parte en su especulación, pero cuya elaboración está más allá del terreno de la experiencia, es decir, plantea un conflicto fundamental, que lógicamente es coherente, pero que no puede remitirse al campo de los fenómenos observables y concretos. Y ...

- Un segundo nivel, que es el nivel de lo cotidiano y de la experiencia, en el que el conflicto sólo puede reducirse a explicaciones menos fundamentales, menos arcaicas, menos míticas. En este nivel se ubica la oposición pulsiones del yo - pulsiones de objeto o la oposición pulsiones sexuales - pulsiones de autoconservación.

Tenemos entonces el conflicto al nivel de lo clínicamente observable (en la oposición pulsiones del Yo - pulsiones de objeto o pulsiones sexuales - pulsiones de

autoconservación) y el conflicto a un nivel que va más allá del ser humano, que se encuentra en todos los seres vivos, y que es mucho más arcaico y más fundamental: pulsiones de vida - pulsiones de muerte.

En este sentido, el desarrollo que sigue Freud, no plantea contradicciones, sólo muestra el problema desde distintos niveles de comprensión.

Si consideramos la evolución de las concepciones que Freud ha dado sobre el conflicto, nos encontramos con el hecho de que siempre buscó referirlo a un dualismo irreductible, por lo que en un último análisis, éste sólo podría basarse en una oposición casi mítica entre dos grandes fuerzas contrarias: la vida y la muerte.

Si no reduce el conflicto a una oposición más fundamental todavía, es porque no encuentra que el conflicto pueda ir más allá.

Otro problema al que nos lleva la introducción de la noción de pulsión de muerte, tiene que ver con el predominio del principio del placer. ¿Cómo explicar que fenómenos como la compulsión a la repetición se hallen regidos por el Principio del Placer?

A simple vista, parece haber una contradicción entre las formulaciones que hace Freud al respecto. En principio éste acepta que la pulsión de muerte pone en duda el predominio de dicho principio; posteriormente, señala que el principio del placer está -en última instancia- al servicio de las pulsiones de muerte, pero en tal caso ¿por qué hablar de un "más allá del principio del placer"? Dándose cuenta de esta contradicción, Freud decide postular el principio de nirvana como principio económico de la reducción de las tensiones a cero, éste se hallaría por completo al servicio de las pulsiones de muerte.

Sin embargo, una lectura detenida y ordenada de Freud, nos permite apreciar que el principio de nirvana no plantea nada radicalmente nuevo, pues la tendencia a reducir las tensiones a cero, es una de las dos tendencias que se confunden, en las formulaciones que Freud hace sobre el principio del placer a lo largo de su obra (la de reducir a cero las tensiones y la de mantener las tensiones en un nivel constante).

Para poder situar al principio de realidad en relación con la pulsión de muerte, es necesario ubicarnos nuevamente en los dos niveles de análisis que mencioné anteriormente.

De esta manera, podemos concebir al principio del placer, como el principio rector del funcionamiento

psíquico. A este principio, correspondería la tendencia de reducir a cero las tensiones y en este sentido, estaría realmente al servicio de la pulsión de muerte.

Pero en un sentido más inmediato, mientras se hace ese largo rodeo antes de alcanzar el fin último, la muerte, la tendencia será mantener constante el nivel de excitación. Esta tendencia corresponderá al principio de realidad.

Concluyendo, la tendencia última del Principio del Placer, será la de reducir las tensiones a cero. En este terreno, el principio del placer actuaría como principio de nirvana. Pero la tendencia inmediata será la de mantener un nivel de excitación constante, por lo que en este terreno, el de la vida, el de lo inmediato; el principio del placer actuaría modificado por la realidad, es decir, actuaría como principio de realidad.

El razonamiento anterior, nos lleva forzosamente a una conclusión: no hay fenómeno psíquico que pueda ubicarse "más allá del principio del placer".

De cualquier modo, no deja de llamar nuestra atención el que Freud haya titulado "Más allá del principio del placer" a tal ensayo. Sobre todo porque en dicho trabajo, termina concluyendo que el principio del placer, parece hallarse, también al servicio de la pulsión de muerte. Tal

vez el título debería haber sido escrito entre interrogaciones, porque ciertamente. el trabajo parece girar alrededor de la pregunta de si hay algo que pueda ubicarse más allá de dicho principio y la conclusión a la que parece llegar en ese momento es que no.

Por último, cabe aquí señalar que el concepto de pulsión de muerte no ha sido tan aceptado por los discípulos y la posteridad de Freud, como lo han sido la mayoría de sus aportaciones conceptuales. Hoy en día, sigue siendo una de las nociones más controvertidas.

Lo cierto es que el concepto de pulsión de muerte, fue reafirmado por Freud hasta el fin de su obra.

¿De qué manera el concepto de pulsión de muerte ejerce su influencia sobre el concepto de transferencia, si éste último originalmente se atribuía al dominio del correspondiente principio del placer? ¿Qué modificaciones y cambios se ve obligado Freud a plantear ante sus nuevos descubrimientos y elaboraciones? ¿Cómo interviene un concepto como el de repetición, para convertirse en la piedra angular de gran parte de los futuros trabajos freudianos? Y finalmente, ¿De qué manera estos planteamientos han manifestado su influencia en el terreno mismo que la transferencia define: la clínica?

Todo este discurso nos servira de punto de partida en el análisis que desarrollaremos en nuestro siguiente capítulo.

BIBLIOGRAFIA

Freud, S; Tres ensayos para una teoría sexual, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

Freud, S; Concepto psicoanalítico de las perturbaciones de la visión, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

Freud, S; Los dos principios del funcionamiento mental, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

Freud, S; Los instintos y sus destinos, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

Freud, S; Introducción al narcisismo, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

Freud, S; Más allá del principio del placer, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo III, Madrid, 1973.

Freud, S; El Yo y el Ello, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo III, Madrid, 1973.

Freud, S; El malestar en la cultura, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo III, Madrid, 1973.



Freud, S; Psicoanálisis, escuela freudiana. Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo III, Madrid, 1973.

Freud, S; Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis. Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo III, Madrid, 1973.

Laplanche, J; Pontalis, J; Diccionario de psicoanálisis. Labor, Madrid, 1981.

**CAPITULO III****DISCUSION Y CONCLUSIONES**

Hemos podido constatar el papel fundamental que ocupa el fenómeno transferencial al interior del psicoanálisis, tanto en sus aspectos teóricos como clínicos. También hemos distinguido distintos momentos de desarrollo de este concepto y, así como podemos apreciar una evolución lógica de tal concepto en el pensamiento freudiano, también -en una lectura más profunda- podemos destacar una serie de problemas que surgen, especialmente, con la introducción de algunos nuevos conceptos.

Tal es el caso del último dualismo pulsional postulado por Freud, el cual, como señalamos en el capítulo anterior, plantea una serie de interrogantes a algunos de los desarrollos previos de este autor. En este capítulo nos centraremos en los problemas que se desprenden de esta última teoría pulsional en relación con la teoría de la transferencia.

La transferencia, como muchos otros conceptos introducidos por Freud, no es un concepto acabado, o trabajado hasta sus últimas consecuencias -si es que tal cosa fuera posible- y si se encuentra una especial dificultad en proponer una definición de transferencia, se debe a que este término ha adquirido, para muchos autores, una extensión muy amplia, llegando a abarcar a todo el conjunto de los fenómenos que tienen lugar en la relación entre el paciente y el psicoanalista. por lo que la

concepción que se tenga sobre la transferencia, depende, mucho más que con cualquier otro término, del conjunto de las concepciones de cada analista acerca de la cura, su objeto, su dinámica, su táctica, sus metas, etc.

Así, en este concepto, encontramos -siguiendo a Laplanche- una serie de problemas que son objeto de clásicas discusiones, y que, en forma general, se resumen en los siguientes puntos:

- a) La naturaleza de lo que se transfiere
- b) La función de la transferencia en la cura
- c) La relación entre transferencia y realidad
- d) La especificidad de la transferencia en la cura

En el curso de este capítulo, señalaremos los distintos momentos de desarrollo que siguió el concepto de transferencia en Freud, tomando como momento crucial, el período en el que éste introduce su segunda teoría pulsional y, centraremos la discusión, en los cuatro problemas antes señalados.

A partir de lo anterior, podremos ubicar las semejanzas y diferencias que se hallen implícitas en el concepto, antes y después de la introducción de la segunda teoría pulsional, y de este modo podremos destacar los problemas que tal postulado plantea a la teoría de la transferencia.

Sabemos ya que el término transferencia, es empleado por Freud, por vez primera, en los "Estudios sobre la Histeria" (1895), para designar el paso de energía psíquica de una a otra representación. Es posible apreciar cómo este mismo modelo se mantiene en "La interpretación de los sueños" (1900), e incluso en el caso Dora. De hecho, si pensamos estrictamente en términos de aquello que es transferido, podremos encontrar que este modelo se continúa hasta los "Tres ensayos para una teoría sexual" (1905). Si bien la integración del descubrimiento del complejo de Edipo, permitió ver a Freud que lo que se revive en la transferencia es la relación del sujeto con las figuras parentales y especialmente, la ambivalencia (odio-amor) que caracteriza esta relación. Así que la transferencia puede tomar una forma positiva (sentimientos de ternura) y otra negativa (sentimientos hostiles).

Ahora bien, si ciertamente encontramos que en todo este periodo, la transferencia es explicada sobre un mismo modelo (el desplazamiento del afecto entre representaciones), no podemos dejar de destacar algunas modificaciones o nuevos matices que adquiere tal concepto dentro de este periodo y que, sin duda, nos permiten ubicar a la transferencia en relación con los otros tres problemas señalados anteriormente.

Por ejemplo, en relación con la función de la transferencia en la cura, sabemos que desde los "Estudios sobre la histeria" (1895) Freud descubre el carácter resistencial de la transferencia, pero así como ésta se le presenta como un obstáculo para la cura en la medida en que sirve a la resistencia; también se percata del importante recurso que representa este fenómeno en tanto permite constatar la proximidad de un complejo patógeno.

Esta doble función de la transferencia: un obstáculo para la cura a la vez que un importante recurso terapéutico, se mantendrá en el pensamiento de Freud durante todo este periodo. No obstante el valor que concederá a la transferencia será mucho mayor a partir del caso Dora, por cuanto éste hace evidente, que el papel jugado por la transferencia al interior del tratamiento era mucho mayor que el que Freud le adjudicaba anteriormente.

Si nos detenemos a pensar en este doble aspecto de la transferencia que ya hemos señalado, y que constituye la contradicción misma de este fenómeno, podríamos, tal vez, explicarnos las formulaciones tan dispares que se han dado acerca de su función.

Por un lado, comparado con el recuerdo verbalizado, la transferencia es mucho más resistencial, en la medida en que el recuerdo verbalizado implica un mayor trabajo y esfuerzo

psíquico que lo que implicaría una mera revivencia y actualización de los conflictos reprimidos; pero, por otro lado, en la medida en que constituye, tanto para el paciente como para el analista, un espacio privilegiado para captar "en caliente" los elementos del conflicto infantil, la transferencia viene a ser ese terreno en el que, como diría Freud, "debe obtenerse la victoria".

Y es así que nos encontramos con autores como Ferenczi y su "terapia activa", para quien el análisis, debe buscar, a través de la transferencia, reparar o compensar al paciente de sus carencias infantiles de afecto y; por otro lado, encontramos otros autores, como los iniciadores de la Psicología del Yo, cuya principal función es ubicar al sujeto en la "realidad", por lo que teóricamente, tenderían a limitar en lo posible la acción de la transferencia, en la medida en que ésta es un fenómeno "irreal".

Ahora bien, ¿Cómo proponerse como el modelo de la "realidad" para el paciente (lo cual éticamente es también bastante cuestionable) y buscar tener algún influjo sobre él, sin que exista un vínculo transferencial?

Es evidente que esta posición sólo puede sostenerse, si se concibe a la transferencia como un fenómeno muy localizado, tal y como la concibe Freud hasta este momento de desarrollo en el cual nos encontramos. Pero para Freud

este concepto tomará mayores dimensiones en el futuro y dejará de ser sólo un síntoma más, hasta constituirse en un elemento esencial de la relación analítica.

Siguiendo esta línea nos hemos acercado a otro de los problemas antes mencionados: el de la relación entre transferencia y realidad.

En los trabajos que realiza Freud durante este período podemos apreciar, que sin bien, considera a la transferencia -o a las "transferencias" como les llama en ésta época- como un fenómeno artificial, lo hace con el fin de señalar que se trata de un producto de la situación analítica y no de la vida corriente del sujeto, pero no quiere decir con esto, que el fenómeno no sea real. Es tan real como cualquier síntoma y tiene efectos en la vida psíquica del sujeto como cualquier formación del inconciente.

Pero para abordar el problema de la relación entre transferencia y realidad en este período del trabajo de Freud, es importante considerar el trabajo sobre la interpretación de los sueños que éste desarrolla por el año 1900. En este trabajo se destaca el hecho de que Freud comienza a centrarse en lo que es la realidad psíquica del individuo y abandona la tendencia a buscar un referente en los hechos reales.



Freud emplea el término "realidad psíquica" para designar aquello que, para el sujeto, adquiere en su psiquismo, valor de realidad. Las fantasías aunque no se basen en acontecimientos reales, tienen, para el sujeto, el mismo valor patógeno. De hecho, para Freud, los procesos inconscientes no sólo no tienen en cuenta a la realidad exterior sino que la sustituyen por una realidad psíquica.

Si en términos estrictos, la realidad psíquica viene siendo producto del deseo inconsciente y de la fantasía ligada a éste, la transferencia, que también está determinada por este deseo y sus fantasías concomitantes, actuará, pues, en función de esta realidad.

En este sentido, podemos apreciar que, si bien Freud concibe en este momento a la transferencia como un fenómeno muy localizado, y como un producto de la situación analítica -un fenómeno creado artificialmente, si se le quiere considerar así- no deja de ser tan real como cualquier otro fenómeno psíquico.

Ahora bien, si el fenómeno transferencial es un producto de la situación analítica ¿quiere esto decir que el fenómeno como tal, no se presenta fuera del análisis? Con esta pregunta nos acercamos al último de los cuatro problemas señalados: el de la especificidad de la transferencia en la cura.

Recordemos que nos hallamos situados en un primer momento de elaboración del concepto de transferencia. Esto es, en el periodo que abarca desde los "Estudios sobre la histeria" de 1895, hasta los "Tres ensayos para una teoría sexual" de 1905.

Si nos remitimos a los primeros tiempos del psicoanálisis, podemos apreciar que desde un principio es claro, para Freud que el fenómeno transferencial, o ese carácter peculiar de la relación médico-paciente, no era exclusivo del psicoanálisis, sino que se encontraba presente en muchas otras situaciones que implicasen una relación similar. Más bien, fue el hallazgo de las manifestaciones de la transferencia en psicoanálisis, lo que permitió reconocer en otras situaciones la acción de este fenómeno, ya sea porque éste se encuentre en el fundamento mismo de la relación en juego (hipnosis, sugestión), ya sea porque desempeñe, dentro de ciertos límites, un papel importante (médico-enfermo, maestro-alumno, etc.).

Sin embargo, aunque la transferencia no fuese un fenómeno privativo del psicoanálisis; en la medida en que Freud se fue percatando de que lo inconciente encontraba una forma muy adecuada para expresarse a través de la transferencia, y también del servicio que ésta ofrecía a la resistencia, comienza a reconocer que la situación analítica

constituye, sin duda, un especio privilegiado para la manifestación de este fenómeno.

De cualquier modo, no debemos olvidar que, en este periodo, Freud no considera a la transferencia como parte esencial de la relación terapéutica, ni asimila todavía, la totalidad de la cura, en su estructura y dinámica, a una relación de transferencia. Pero éste es sólo un primer momento, en la evolución del concepto en Freud, concepto que, en el futuro, se ampliará y enriquecerá notoriamente.

Sólo si distinguimos los diferentes momentos de desarrollo que siguió este concepto, podemos entender la diversidad de interpretaciones y de formas para abordarlo en la cura, que se han dado después de Freud.

Por ejemplo, el concebir a la transferencia como un síntoma localizado, o concebirla como algo que estructura la totalidad de la cura, implica distintas posiciones en torno a la dirección del análisis y en torno al papel que la transferencia tendrá en éste. Por un lado, habrá, como ya se mencionó, aquellos que consideren a la transferencia como un nuevo síntoma o formación del inconciente, que debe ser sustituida por algo que tenga carácter de realidad y, por otro lado, tendremos a aquellos que considerarán que todo el análisis y prácticamente cualquier proceso de la vida del

individuo, se dan sobre el modelo de una relación transferencial.

El siguiente momento de desarrollo podemos ubicarlo entre los años 1910-1917, que como ya hemos visto, constituye uno de los periodos más fructíferos aunque también más complejos en el trabajo de Freud. De este periodo podemos distinguir tres aportes fundamentales, que marcan profundamente el desarrollo del concepto de transferencia:

- \* La introducción de la primera teoría pulsional.
- \* Los desarrollos en torno a los dos principios del funcionamiento psíquico.
- \* El trabajo desarrollado en relación con el problema del narcisismo.

¿De qué modo podemos ubicar a la transferencia en este periodo en relación con los problemas sobre los que hemos orientado esta discusión?

Se mencionó que el primer modelo sobre el que Freud definía a la transferencia, era el de un desplazamiento del afecto entre representaciones. En este periodo, vemos que se produce un cambio en el acento de esta concepción, si bien la transferencia puede seguir definiéndose en términos de un desplazamiento energético, ahora este desplazamiento

corresponde a un tipo especial de energía: la libido, que es propia de las pulsiones sexuales.

En esta concepción podemos apreciar el aporte del trabajo desarrollado por Freud en el terreno de las pulsiones. Recordemos que en ésta época, establece una distinción entre dos tipos básicos de pulsiones (sexuales y de autoconservación) (1) y designa como libido, a la energía propia de las pulsiones sexuales, en tanto que reserva el término interés como el equivalente energético relativo a las pulsiones de autoconservación. Ubica a la transferencia como algo que ocurre en el terreno de las pulsiones sexuales, de ahí que lo que se desplaza en la transferencia es libido.

Lo anterior nos lleva a considerar un aspecto interesante acerca de la transferencia, es decir, el de que algunos sujetos sean más susceptibles de establecer una relación transferencial que otros. Si partimos del principio de que lo que se desplaza en la transferencia es libido, podemos desprender como conclusión lógica, que aquel individuo sexualmente insatisfecho, estará más pronto a investir con esta carga libidinal, al objeto cuyas características lo hagan adecuado para ser investido. De ahí

---

(1) Freud, S; Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.

que el sujeto neurótico transfiera más fácilmente que otros individuos.

Por ello podemos comprender que la transferencia se exprese con tanta intensidad en la situación analítica. Pues no es sólo tal situación la que privilegia la manifestación de este fenómeno, también lo es la neurosis.

Podemos apreciar que a partir del trabajo que Freud lleva a cabo en "Introducción al narcisismo" (1914) y, especialmente en "Formulaciones sobre el amor de transferencia" (1915), el fenómeno transferencial comienza a concebirse en un plano más amplio que el de un mero síntoma. El hecho de que Freud establezca una equivalencia entre el fenómeno del enamoramiento (verliebhit) y el fenómeno transferencial y los conciba como "dos" procesos estructural y funcionalmente idénticos, nos muestra que comienza a vislumbrar a la transferencia como un fenómeno mucho más amplio, del cual, la transferencia en la cura, es sólo un caso particular.

Hasta aquí nos hemos centrado en dos de los problemas de nuestra discusión: el de la naturaleza de lo que se transfiere y el de la especificidad de la transferencia en la cura. Pero hemos tocado un punto -el de que algunos individuos sean más susceptibles de transferir que otros-

que nos conduce al tercero de los problemas: el de la función de la transferencia en la cura.

Como sabemos, el estudio del problema del narcisismo, lleva a Freud a plantear la existencia de dos tipos de elección de objeto: narcisista y por apuntalamiento. En el tipo narcisista no hay reconocimiento de objetos externos y la libido es orientada hacia el propio Yo. En tanto que en el tipo objetal o por apuntalamiento, la libido se orienta sobre los objetos que el mundo ofrece. Esto le permite distinguir un tipo de estructura, característica del psicótico, en la que la elección de objeto, es del tipo narcisista; mientras que en el caso del neurótico, la libido es retirada de los objetos del mundo, pero se conserva invistiendo a los objetos de la fantasía.

A partir de lo anterior, Freud se da cuenta que el psicótico, en la medida en que no reconoce a los objetos del mundo externo, no puede actuar de acuerdo con el principio de realidad, el cual es impuesto desde el exterior y; por otro lado, debido a esta imposibilidad para reconocer e investir a los objetos del mundo, no es posible que establezca el necesario vínculo transferencial con el médico, por estas razones no puede someterse a un tratamiento analítico.

Es fácil ver cómo en estos momentos la concepción sobre el papel que juega la transferencia al interior del análisis ha cobrado tal amplitud, que ya no sólo se trata de una valiosa herramienta de apoyo para el médico, ahora, ha pasado a constituir un elemento tan fundamental que sin ella no puede haber análisis.

¿Cómo podemos entender la relación entre transferencia y realidad en este momento de desarrollo del concepto de transferencia?

Uno de los aportes teóricos importantes de esta época es el trabajo desarrollado en relación con los dos principios del funcionamiento mental: el principio del placer y el principio de realidad.

La transferencia puede entenderse ahora como un fenómeno que se rige por el principio del placer y en el que la realidad no ejerce influjo alguno (2), ya que la transferencia opera de acuerdo con el funcionamiento propio del inconciente, esto es, busca la descarga de las pulsiones por las vías más cortas. En este sentido la transferencia no funciona nunca de acuerdo con el principio de realidad, en virtud del cual las pulsiones más bien buscan la

---

(2) Freud, S; Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento mental. Biblioteca Nueva, 3ª edición, Tomo II, Madrid, 1973.



satisfacción, a través de una serie de rodeos y aplazamientos necesarios.

Es por esta razón que algunos autores, como los iniciadores de la Psicología del Yo (3), para quienes la función primordial del psicoanálisis es la adaptación a la "realidad", tiendan a limitar el papel de la transferencia en la cura.

Si nos detenemos a pensar en la amplitud que el concepto de transferencia ha tomado en este periodo, llegando a designar un fenómeno presente en la totalidad de la vida del paciente, parece más difícil establecer una distinción entre aquello que es "real" y aquello que es producto de la transferencia. ¿Cómo distinguir, por ejemplo, entre el amor de transferencia y el enamoramiento común, si ambos fenómenos son esencialmente idénticos? Podemos ciertamente, percatarnos de que el amor de transferencia es un producto de la situación analítica y de que la presencia de tal fenómeno, plantea, al analista la necesaria tarea de hacerlo consciente al paciente; pero, obviamente, esto no implica de ningún modo, que la transferencia, como cualquier otra formación del inconsciente, no adquiera, para el sujeto, valor de realidad.

---

(3) Entre otros: H. Hartmann, E. Kris, R. Lowenstein. etc.

Así mismo ¿cómo apoyarse en una noción tan problemática como la de "arreal" o tan difícil de determinar como la de realidad de la situación analítica para apreciar el carácter de una determinada manifestación aparecida en la cura? ¿Con base en qué marco o modelo puede determinarse el carácter de realidad de tal manifestación?

Sin duda cualquier modelo de la "realidad" que se propusiera, sería necesariamente arbitrario y ciertamente, situaría a la práctica del Psicoanálisis en un nivel, muy cuestionable desde un punto de vista ético.

Lo anterior plantea una serie de problemas que conciernen a la técnica analítica y que desembocan forzosamente en las formulaciones tan diversas que se han generado sobre la forma en que la transferencia debe ser abordada en la cura.

De cualquier modo, si consideramos que lo que el psicoanálisis debe centrarse en la "realidad psíquica" del paciente, es decir, sus deseos inconcientes y las fantasías relacionadas con estos deseos; necesariamente terminamos por plantearnos, lo innecesario de establecer tal distinción entre transferencia y realidad.

Se mencionó ya que a partir del ensayo "Recuerdo, Repetición y Elaboración" de 1914, se inicia una nueva línea

en el desarrollo de la teoría psicoanalítica que girará en torno del concepto de "repetición".

En este trabajo, Freud invoca el concepto de **compulsión a la repetición**, para explicar cómo lo reprimido necesariamente intenta "retornar" al presente, ya sea en forma de sueños, de síntomas o "actuando", como en el caso de la transferencia.

La noción de **compulsión a la repetición** que se esboza desde esta época, ocupará un lugar central en el ensayo "Más allá del Principio del Placer" de 1920 donde, además, se inicia un periodo en el cual, como sabemos, Freud lleva a cabo un profundo replanteamiento de los conceptos de su teoría.

Ubicamos aquí el inicio de un nuevo momento de desarrollo que consideramos crucial en nuestra discusión.

En el siguiente momento de desarrollo, en el que se destaca la introducción de la segunda teoría pulsional, y a partir de la cual, Freud explicará el conflicto como el resultado de una oposición entre **pulsiones de vida** y **pulsiones de muerte**, marcará todo el desarrollo posterior del conjunto de su teoría. La introducción del concepto "pulsión de muerte" conduce a Freud a revisar todo su

trabajo teórico previo. Estamos en el periodo conocido como la vuelta de 1920.

En este momento, Freud ubica en un primer plano de su desarrollo, la "compulsión a la repetición" y es precisamente a través del fenómeno de la transferencia, donde la repetición tendrá su más clara manifestación.

A partir de este momento podremos contemplar el problema de la naturaleza de lo que se transfiere, desde una perspectiva más amplia.

Habíamos mencionado ya que en términos energéticos, lo que se desplaza en la transferencia es libido. Sabemos también que la libido se transfiere de acuerdo con determinados modelos y que a partir del estudio del "complejo de Edipo", se descubre que lo que se revive en la transferencia es la relación del sujeto con las figuras parentales, especialmente la ambivalencia pulsional que caracteriza estas relaciones.

En este periodo, a partir de la introducción de conceptos como "pulsión de muerte" y "compulsión a la repetición", es posible ubicar a la transferencia como un fenómeno caracterizado fundamentalmente por la repetición. Repetición de ciertas situaciones y emociones, que además nos muestra lo indestructible de las fantasías inconscientes.

En este sentido, la postulación de la segunda teoría pulsional, permite contemplar desde otra perspectiva la naturaleza del fenómeno transferencial, no solo como un efecto de las pulsiones sexuales o de vida, sino como un claro ejemplo de la existencia y manifestación de las pulsiones de muerte.

¿Cómo podemos entender la función de la transferencia en la cura con el aporte de la nueva concepción pulsional?

Como ya antes se había mencionado, podría pensarse que, en la medida en que la transferencia permite actualizar los conflictos infantiles, ocultos y olvidados, la labor del analista debería encaminarse a estimular la presencia de este fenómeno. Sin embargo, mientras que con el recuerdo es posible reeditar u ordenar de un modo más manejable, aquello que en lo inconciente no tiene orden, ni lógica, ni temporalidad; la repetición en la transferencia, si bien, también es una reedición, no permite darle ese ordenamiento que solo puede proporcionar el recuerdo verbalizado.

De hecho, como el individuo no puede recordar todo lo que está reprimido en él y quizá, tal vez, no puede recordar lo esencial, se ve obligado a repetir lo reprimido como una experiencia vivida en el presente.

Y es por esto que la transferencia puede llegar a prestar tan valiosos servicios a la resistencia, conduciendo al proceso analítico a un callejón sin salida, si éste se abandona a la transferencia.

De ahí que Freud sostuviera siempre que la finalidad del análisis fuese el recuerdo completo y cuando éste no era posible podría recurrirse a las construcciones, por lo que aún cuando reconocía el carácter privilegiado de la repetición en la transferencia, nunca dejó de señalar que había que limitar en lo posible el campo de su influencia.

Ahora bien, si el objetivo ideal del análisis es el recuerdo completo, con la supresión de aquello que fue reprimido, esto plantea al análisis, la necesidad de reconstituir en sus aspectos tanto reales como fantaseados una parte de la historia infantil del sujeto. Estas construcciones deberían -en teoría- hacer resurgir el recuerdo o los fragmentos de recuerdos reprimidos. Pero como sabemos, no siempre es posible que el paciente recuerde lo reprimido, por lo cual, lo que se obtiene, es más bien una firme convicción de la verdad de la construcción, que posee el mismo efecto terapéutico de un recuerdo hallado. Las fantasías mismas -por ejemplo- vienen siendo un intento de construcción por parte del sujeto, que se apoyan parcialmente en lo real.

Lo anterior nos reafirma en cierto modo uno de los aspectos ya planteados en torno al problema de la relación entre transferencia y realidad: el análisis debe centrarse en la "realidad psíquica" del sujeto, antes que buscar referentes en los hechos reales.

El problema de la especificidad de la transferencia en la cura ha sido ampliamente discutido y en el actual momento de desarrollo en el que nos encontramos, parece irrelevante continuar su discusión, pues las aportaciones teóricas de esta época no aportan prácticamente nada nuevo, ni conducen a un cambio de posición en torno a lo que se planteó anteriormente.

Como hemos podido apreciar, la teoría de la transferencia no puede entenderse al margen del desarrollo de la teoría psicoanalítica en general. Los distintos momentos de desarrollo que destacamos en la evolución del concepto de transferencia, se caracterizan precisamente por el refuerzo que otros desarrollos teóricos, de la teoría psicoanalítica en general, vinieron a darle, enriqueciéndola en algunos momentos, y planteando serias contradicciones en otros.

Podemos constatar que la concepción sobre este fenómeno, no es la misma en la época de los "Estudios sobre la histeria" que en la de "Introducción al narcisismo" y

menos todavía, que en la de "Más allá del principio del placer".

Y esto nos explica, de algún modo, la diversidad de interpretaciones que se han generado sobre este concepto en el medio psicoanalítico, lo que además implica distintas formas de intervención y de manejo de este fenómeno, a algunas de las cuales ya nos hemos referido.

Si hemos centrado nuestro análisis en los cuatro problemas ya mencionados, es porque la discusión generada en torno a este concepto, se resume prácticamente en esos puntos.

Ahora bien, uno de los problemas que pudimos percibir al seguir la evolución de este concepto, y que de hecho fue el eje que orientó todo nuestro trabajo, aparece en el último momento de desarrollo del concepto. Nos referimos al problema que plantea la introducción de la segunda teoría pulsional al concepto de "principio del placer" y por consiguiente, a la teoría de la transferencia.

En el capítulo anterior se señaló la dificultad para conciliar ciertos fenómenos psíquicos (como la "compulsión a la repetición") propios de la pulsión de muerte, con el principio del placer. Aparentemente, la noción de pulsión de muerte ponía en entredicho el predominio de dicho principio.



Sin embargo, apartir del análisis y la discusión llevados a cabo se pudo concluir, que el principio del placer, se encuentra también al servicio de las pulsiones de muerte y que, por lo tanto, la compulsión a la repetición no puede quedar situada más allá de dicho principio.

Señalamos que, si bien, a primera vista parece haber contradicciones en las formulaciones que hace Freud al respecto, era posible esclarecerlas mediante una discusión previa de las ambigüedades implícitas en los términos "principio del placer", "principio de constancia", "principio de nirvana", "principio de realidad", etc.

A partir de lo anterior se llegó a la conclusión de que el principio de realidad y el principio de nirvana, vendrían a constituir dos formas del principio del placer y que, bajo estas formas, éste serviría a las pulsiones de vida en un sentido inmediato, como también en un sentido último, se hallaría al servicio de las pulsiones de muerte.

Ahora bien, ¿cómo ubicar al fenómeno de la transferencia dentro de este planteamiento?

En principio, la concebíamos como un fenómeno propio de las pulsiones sexuales, por tanto, de las pulsiones de vida. En el desarrollo previo a la postulación del concepto de

pulsión de muerte era coherente ubicar a la transferencia como un fenómeno regido por el principio del placer, especialmente, si tomamos en cuenta el postulado, que señala que el principio del placer busca la descarga de la energía psíquica y que el fenómeno transferencial, se presta especialmente para estos fines. El hecho de que en la situación analítica, la transferencia favorezca además a la resistencia, viene a confirmarnos que el mecanismo de la transferencia se rige por este principio.

Sin embargo en el marco de la segunda teoría pulsional, el fenómeno transferencial se nos presenta como un producto claro de las pulsiones de muerte, tan es así, que es justamente la repetición en la transferencia la que permite a Freud justificar el hecho de situar en primer plano la compulsión a la repetición, como base para la postulación de un nuevo grupo de pulsiones.

Esto, en principio, no parece plantear ningún problema, sabemos ya que las pulsiones de muerte difícilmente se manifiestan en forma pura y que, generalmente, lo hacen acompañadas por motivos que también obedecen a las pulsiones de vida.

Pero ¿qué pasa entonces con el principio del placer?, si la transferencia muestra también la presencia de la

pulsión de muerte, ¿podemos seguir concibiéndola como regida por este principio?

De acuerdo al desarrollo que hemos seguido y en el que planteamos que el principio del placer se halla también al servicio de las pulsiones de muerte, la conclusión lógica es que el fenómeno transferencial, aún con sus componentes correspondientes a la pulsión de muerte, se rige por este principio.

La transferencia constituye, entonces, un fenómeno en el que se manifiestan mezcladas tanto las pulsiones de vida como las de muerte y su funcionamiento se guía siempre por el mismo principio: el del placer.

¿De qué manera se manifiestan en la transferencia, esas dos formas que adopta el principio del placer?

Por principio debemos entender que siendo la transferencia, un fenómeno en el que lo inconciente encuentra una vía ideal para expresarse, basa su funcionamiento de acuerdo con lo que Freud llamara "proceso primario", lo que quiere decir que en la transferencia, la energía fluye libremente pasando sin trabas de una representación a otra (según los mecanismos del desplazamiento y la condensación) y tiende a descargar plenamente, sobre las representaciones relacionadas con las

experiencias de satisfacción. De acuerdo con esto, la transferencia no es un fenómeno en el que la realidad pueda ejercer su influjo, como sería el caso de los fenómenos guiados por el proceso secundario, en los cuales, por el impacto de la realidad, la descarga de energía es más controlada y la satisfacción es aplazada. De ahí que el principio de realidad no esté presente nunca en el fenómeno transferencial.

Tenemos entonces que, el principio del placer, no actúa nunca en la transferencia bajo su versión modificada que es el principio de realidad. La transferencia por tanto, de acuerdo a nuestra interpretación, vendría a estar regida por el principio del placer como tal y; cuando ésta se manifiesta como "compulsión a la repetición", cuando lo que la mueve es la pulsión de muerte, lo que estaría rigiendo su funcionamiento sería la otra versión del principio del placer: el principio de nirvana.

Como pudimos apreciar, los problemas que dejó abiertos la teoría de la transferencia de Freud, se traducen en la variedad de interpretaciones y formulaciones posteriores que se dieron en torno a aspectos como el de la índole de la transferencia, del lugar que ocupa en ella el analista, de su función en la cura, de su resolución o de los efectos de su interpretación.

De hecho, se puede decir que las diferentes corrientes del movimiento psicoanalítico constituyen, en amplia medida, tentativas dirigidas a resolver aquellos problemas relativos a la teoría de la transferencia que Freud había dejado sin dilucidar.

Como no podemos dar fin a este trabajo, sin tomar en consideración las repercusiones que estos problemas tuvieron para el desarrollo futuro del psicoanálisis, expondremos a continuación algunas tesis defendidas por autores que trabajaron este concepto a continuación de Freud y que, si bien, no son necesariamente conocidas con amplitud en el medio psicoanalítico, ilustran claramente las tendencias que siguió el desarrollo de este concepto después de Freud.

Moustapha Safouan (4) nos señala que la mayoría de estas teorías se orientan en dos líneas. Unas, parten de una concepción de la transferencia que entiende a ésta, como la simple repetición de una experiencia pasada y, otras, como la de una estructura fantasmática de la relación amorosa. Tomaremos algunas de las teorías que cita Safouan y que ilustran estas tendencias.

Sabemos que para Freud, en la transferencia lo que de hecho es revivido aparece engañosamente como vivido. Esto

---

(4) Safouan, M; La transferencia y el deseo del analista, Paidós, México, 1989.

plantea un cuestionamiento: si lo que tiene lugar es un fenómeno de repetición ¿Como detenerlo?

Está claro, para la mayoría de los psicoanalistas, que el conocimiento del pasado o de su influencia en el presente por sí solo no bastaría, si el proceso del análisis, no introdujera, además un cambio o mutación. ¿Cuál sería ese cambio? Si la transferencia implica un engaño con respecto a la realidad ¿Como definir, entonces, esta realidad? ¿Cómo podría el paciente reconocer este engaño? ¿Acaso, a partir de la transferencia misma?

Para autores como Merton Gill, el aliado sería la propia transferencia ya que este autor parte de la idea de que existe una transferencia afectuosa, carente de prolongaciones eróticas o agresivas. Esta transferencia permitiría al analista influir en el análisis, sin que con ello estuviese promoviendo la repetición.

Esto plantea, sin embargo, dos problemas. ¿Cómo imaginar una forma de transferencia que no sea una prolongación de las pulsiones eróticas o agresivas? Esto cambiaría la esencia de lo que entendemos por transferencia, además de que no señala cuál sería el fundamento energético de tal fenómeno psíquico. Por otro lado ¿en qué se diferenciaría la transferencia de la sugestión?

Para Merton Gill, a partir de esta forma de transferencia, las interpretaciones deben situarse en el plano de la "realidad", donde el analista vendría a constituirse en el modelo de ésta.

Para aceptar estas formulaciones tendríamos que creer que, efectivamente, existe en la situación analítica un "garante" de lo que es la realidad y, por otro lado, todo esto nos conduce a cuestionarnos sobre las consideraciones éticas y morales de tal postura, que lleva a concebir al Psicoanálisis como una Pedagogía.

La Psicología del Yo propone, por su parte, otra respuesta a la pregunta de ¿quién es nuestro aliado? Para Hartmann (5), uno de los iniciadores de esta corriente que tuvo amplia repercusión en los medios psicoanalíticos, nuestro aliado vendría a ser el Yo "sano" o "autónomo".

Una de las premisas fundamentales de la Psicología del Yo y sobre la cual giran algunos de los aspectos más importantes de su teoría, se refiere a la existencia al interior del Yo, de una parte que ejerce la función de autoobservación y que, en cierta medida, puede mantenerse imparcial. Se trata de una "esfera libre de conflictos". De tal suerte que al producirse un conflicto, ciertos campos y

---

(5) Hartmann, Heinz; Ensayos sobre la psicología del yo, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.

funciones del Yo, no entrarían en conflicto ni con la realidad, ni con el Ello, ni con el Superyó. La Psicología del Yo supone la capacidad de utilizar estas áreas para, entre otras cosas, permitir la autoobservación. En este sentido, en la situación analítica, el Yo se constituiría en un aliado del analista al ejercer la autoobservación.

A juicio de Safouan y en esto no podemos menos que estar de acuerdo con él, la Psicología del Yo no puede resolver el problema siguiente: "Si la función de lo real -de la cual el Yo autónomo es representante- existe ya en el paciente, ¿qué necesidad tiene éste de recurrir a un alidado? ¿habrá que admitir que el Yo autónomo es más bien fruto de la cura?"(6).

Agregaríamos ¿Existe realmente una área del Yo, libre de conflictos, y que pueda sostenerse como representante de la realidad al interior del aparato psíquico, o es acaso la identificación con el analista quien se propone como modelo de la realidad, la que crea la ilusión de ese Yo autónomo?

Para autores como Strachey, el cambio debe obtenerse a partir de la interpretación de la transferencia, donde el analista pasaría a ser un Superyó tolerante. Esto es, el analista ocuparía el lugar de un Superyó auxiliar, en la medida en que su posición ante el paciente le dota de un

---

(6) Cfr. Safouan, M; La transferencia...



prestigio que le permite representar eventualmente el papel de otro modelo de poder.

En estas circunstancias, las interpretaciones del analista tendrán en el paciente un efecto mutativo, sin embargo, según Strachey, esta posición es bastante frágil y el analista puede pasar, en cualquier momento, de ser un objeto real exterior, a ser un objeto arcaico. Dicho en otras palabras en la medida en que el analista se torna comparable a cualquier objeto real, ya no estará en esa situación ventajosa que permitía que sus interpretaciones tuviesen un efecto mutativo en el paciente.

Y sin embargo, aunque parezca contradictorio, son estos momentos -según Strachey- de los que depende la eficacia de la interpretación. De ahí que, según esto, toda interpretación extratransferencial, sólo tendría un valor preparatorio.

Resuelve esta contradicción argumentando que "en la segunda fase de una interpretación completa, el sentido de la realidad del paciente, adquiere un papel crucial por lo que podrá distinguir entre su objeto fantasmático y el analista (7).

---

(7) Strachey, J. "The nature of the therapeutic action of psychoanalysis", cit. en Safouan, M; La transferencia

Según Strachey, esta distinción sólo será posible en la medida en que el analista se mantenga en la neutralidad y adopte una política de "no actuar", de modo que el paciente reconozca el carácter fantasmático de su tensión o de su angustia, ya que en la realidad, no hay nada que pueda motivarla. Por esta misma situación el analista sería introyectado como un nuevo Superyó, que a diferencia del arcaico, toleraría el reconocimiento de la pulsión, sin condena y sin castigo.

Aquí cabe señalar, que la angustia no es nunca el resultado de la sensación de un peligro exterior, por lo que, como diría Safouan, lo importante no es que el paciente se de cuenta de que en la realidad no hay nada que motive su angustia, pues esta tiene que ver, más bien, con que no hay ningún indicio que le diga "lo que el otro quiere de él".

Aunque Strachey reconoce que el momento de la interpretación, pone también a prueba la relación del analista con sus propias pulsiones inconcientes, no parece darse cuenta de que la dificultad oculta para dar realmente una interpretación mutativa, proviene justamente de que esa relación con sus propias pulsiones, también está en juego.

Si algo llama la atención dentro de esta conceptualización, es que Strachey hable de "interpretaciones extratransferenciales", con lo que nos

lleva a pensar que concibe a la transferencia como un fenómeno transitorio, que puede estar presente en un momento y en otros no, y no como un fenómeno que permea la totalidad de la situación analítica.

La teoría de Strachey es particularmente importante por la repercusión que tuvo. Según Safouan, liberó a los analistas de sus escrúpulos, quienes a partir de ésta, consideraron que sólo es productiva la interpretación de la transferencia, llegando incluso a hablar de una "transferencia disfrazada", con lo que quieren decir que el paciente nunca habla de otra cosa que no sea su analista, aún cuando en apariencia hable de otra cosa.

Desde la perspectiva de otro autor, de nombre Numberg, lo real vendría a ser lo que es percibido, mientras que la transferencia, vendría a ser un proceso primario que tiende a lograr la identidad de percepción entre esto real y la representación interna del sujeto. Tenemos entonces, que la transferencia para Numberg no sólo consiste en el desplazamiento del afecto entre representaciones, sino que también tiende al establecimiento de "imágenes idénticas".

Para este autor, tanto los sueños, como los delirios y las alucinaciones, presentan esta tendencia a establecer una identidad de percepciones, reencontrando el pasado en el

presente. En estos casos, esa tendencia se satisface por completo, a diferencia de lo que ocurre en la transferencia, la cual es susceptible de quedar sometida a la prueba de realidad.

En este sentido, Numberg señala que, para fines de la cura, gracias a la transferencia la parte "sana" del Yo podrá tener acceso a sus experiencias infantiles y al tomar conciencia de su transferencia, permitirá al paciente distinguir entre aquello que retorna del pasado y las percepciones del mundo exterior. La prueba de realidad consistiría en lo efectivo de esa distinción.

Sin embargo como Numberg se da cuenta de que el Superyó influye en las percepciones que el Yo tiene de la realidad, el Superyó, entonces, también debe ser reeducado a través de la transferencia. De esta manera, las modificaciones del Superyó, realzarían la capacidad del Yo de establecer la prueba de realidad.

La teoría de Numberg, plantea algunos cuestionamientos: ¿Cómo toma el paciente conciencia de su transferencia? Si es a partir de su "Yo sano" ¿para qué, entonces, se requiere del analista? Si es por las interpretaciones que éste le da ¿Cómo saber si el "Yo sano" no es el producto de la identificación con el analista?

Se destacan también, en esta teoría, una confusión en relación con el concepto de repetición y con la tendencia a la identidad de percepción. Para Numberg, el sueño representa esa tendencia a encontrar la identidad de percepción y olvida que el sueño busca, fundamentalmente, lograr la realización de un deseo.

Esto nos lleva a pensar que para este autor, lo que anima el funcionamiento psíquico es la necesidad de adecuar lo que es percibido con lo que es representado y no la necesidad de satisfacer a las pulsiones.

Un último autor en esta línea de la repetición es Sterba, quien plantea que la "identificación" con el analista es una condición necesaria para la cura analítica. Según Sterba la interpretación constituye una "invitación" al paciente a "identificarse" con el analista y de esta identificación el Yo resulta fortalecido, de tal modo que, una parte de él, que ha logrado desligarse de la lucha con el Ello, estará mejor preparada para la prueba de la realidad.

Como hemos podido constatar, las teorías que hemos presentado y que se ubican en la línea de la transferencia como repetición, plantean una serie de problemas que son comunes a todas.

Estos problemas se concentran, fundamentalmente, en tres aspectos:

- 1) El problema de la "realidad"
- 2) El problema del "Yo autónomo"
- 3) El problema del deseo del analista.

Podemos apreciar que, abiertamente o en forma implícita estas teorías se centran en el aspecto de la realidad y tienden a proponer al paciente, la "identificación con el analista", como representante de la misma.

Pero, ¿por qué el analista podría juzgar lo que es real y lo que no? Esto no puede depender de la pretensión del analista de que lo que él dijese fuese verdadero. Además, ¿cómo podríamos distinguir entonces el Psicoanálisis de la sugestión?

Por otro lado, la identificación con el analista, pone en seria duda la existencia de una parte "sana" del Yo, pues ese Yo más adaptado a la realidad, parece ser no más que fruto de una identificación con propio Yo del analista.

También podemos ver que, exceptuando a Strachey (quien plantea el problema pero lo deja en el aire), los demás autores parecen evadir el problema del deseo del analista. En ningún momento se cuestionan si el analista, en las interpretaciones que ofrece, pudiera estar satisfaciendo sus

propias pulsiones, o si el rechazo a una interpretación proviene efectivamente de una resistencia, o se trata más bien de una respuesta adecuada a la contratransferencia del analista.

Sabemos que Freud, emplea en 1910 el término *contratransferencia* para designar con él la interferencia de los deseos o fantasmas inconscientes del analista en la cura. Desafortunadamente, este término dejó en muchos analistas la convicción de que la participación de sus propios deseos en el proceso de la cura, era solamente una especie de accidente, es decir una respuesta a lo que pasaba del lado del paciente y no parecieron entenderla como un fenómeno equivalente al que se daba en el paciente.

Esto contribuyó a que, el problema del papel que juega el deseo del analista en la cura, no fuese considerado con la debida importancia dentro de algunas corrientes psicoanalíticas.

En la otra línea, aquella que entiende la transferencia como una estructura fantasmática, tenemos la teoría de Jekler y Bergler para quienes la transferencia, corresponde a una proyección, sobre el analista, del Ideal del Yo y del Superyó, a diferencia del amor, en donde sólo es proyectado el Ideal del Yo. El fin de la identificación según estos autores, es la de recuperar en el objeto amado, un objeto

que forma parte de sí. El Superyó corresponde, fundamentalmente, a la expresión pura de la pulsión de muerte. En cambio, el Ideal del Yo, se yergue como representante del Eros. Se trata pues, de la lucha Eros-Tánatos.

De lo anterior se deriva que el avance de la cura, consiste en superar la proyección del Superyó sobre el analista, en favor de la proyección del Ideal del Yo y que esta proyección, pueda dirigirse posteriormente, sobre otros objetos distintos del analista. Esto es, que la transferencia, se guíe por la pulsión de vida.

Así, el analista vendría siendo una especie de modelo del objeto a amar, sobre el cual el paciente ejercitará el control sobre las pulsiones de muerte.

Aunque, ciertamente, en la transferencia se manifiesta la estructura narcisista del amor, el problema de explicar la transferencia como la búsqueda de un objeto perdido y no de un objeto que nunca estuvo, impide la posibilidad de centrar al paciente en relación con su deseo, ya que implica la posibilidad real de la satisfacción de éste.

Parece entonces que, aquellas teorías que se centran en el carácter de repetición de la transferencia, no toman en cuenta aquello que se relaciona con el deseo del analista,



mientras que aquellas que ven en este fenómeno una estructura fantasmática, no permiten al paciente encontrar su deseo.

A partir de lo anterior, ¿Desde qué lugar podríamos hablar de una teoría de la transferencia?.

Como hemos visto, es fundamental considerar a la transferencia como algo que impregna la totalidad de la misma situación analítica. En esta totalidad, es menester considerar aquello que Lacan (8) llamara el deseo del analista, y que implica la manera en que las pulsiones de ese otro que escucha, intervienen, quierase o no, en toda interpretación. No hay que considerar pues a la contratransferencia como un mero accidente ocasional, sino que es preciso tener en cuenta que es algo palpitante en el centro de la relación amorosa analista-analizante.

La importancia de cuestionar al deseo debe ser un elemento radical en toda cura; y es a partir del trabajo sobre este deseo, que se puede dar la misma. Ninguna elaboración sobre la transferencia podría -ni debería- pasar por alto lo anterior.

---

(8) Lacan, J; Seminario sobre la transferencia, Edición de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, Buenos Aires.

## BIBLIOGRAFIA

Freud, S; Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicógenas de la visión. Biblioteca Nueva, Tomo II, 3a edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Formulaciones sobre los dos principios del funcionamiento mental. Biblioteca Nueva, Tomo II, 3a edición, Madrid, 1973.

Hartmann, H; Ensayos sobre la psicología del Yo. Fondo de Cultura Económica, México, 1978.

Lacan, J; Seminario sobre la transferencia. Edición de la Escuela Psicoanalítica de Buenos Aires, s/f.

Safouan, M; La transferencia y el deseo del analista. Paidós, México, 1989.

BIBLIOGRAFIA

Bleichmar, A. El feminismo espontaneo de la histeria, Fontamara, México, 1985.

Freud, S; Breuer, J; Estudios sobre la histeria, en Obras completas, Tomo I, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Las neuropsicosis de defensa, en Obras Completas, Tomo I, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; La interpretación de los sueños, en Obras Completas, Tomo I, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Análisis fragmentario de una histeria, en Obras Completas, Tomo I, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Tres ensayos para una teoría sexual, en Obras Completas, Tomo II, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci, en Obras Completas, Tomo II, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S: Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicopatógenas de la visión, en Obras Completas, Tomo II, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S: Los dos principios del funcionamiento mental, en Obras Completas, Tomo II, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S: La dinámica de la transferencia, en Obras Completas, Tomo II, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S: Recuerdo, repetición y elaboración, en Obras Completas, Tomo II, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S: Observaciones sobre el "Amor de transferencia", en Obras Completas, Tomo II, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S: Introducción al narcisismo, en Obras Completas, Tomo II, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S: Los instintos y sus destinos, en Obras Completas, Tomo II, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Lo inconciente. en Obras Completas, Tomo II, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Lecciones introductorias al psicoanálisis, en Obras Completas, Tomo II. Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Más allá del principio del placer, en Obras Completas, Tomo III, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Prólogo a der kriegsneurosen, en Obras Completas, Tomo III, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; El yo y el Ello, en Obras Completas, Tomo III, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; El problema económico del masoquismo, en Obras Completas, Tomo III, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Psicoanálisis: escuela freudiana, en Obras Completas, Tomo III, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Autobiografía, en Obras Completas, Tomo III, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; El malestar en la cultura, en Obras Completas, Biblioteca Nueva. 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis, en Obras Completas, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Freud, S; Construcciones en psicoanálisis, en Obras Completas, Biblioteca Nueva, 3ª edición, Madrid, 1973.

Hartmann, H; Ensayos sobre la psicología del yo, Fondo de Cultura Económica, México, 1978.

Lacan, J. Seminario sobre la transferencia, edición de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, Buenos Aires, s/f..

Laplanche, J. Pontalis, J. Diccionario de psicoanálisis, Labor, México, 1981.

Safouan, M. La transferencia y el deseo del analista, Paidós, Buenos Aires, 1989.